

se escandalizan y avergüenzan de la pobreza y humilde condición de Jesucristo, sin que su orgullo pueda conciliarlos con lo que la fe les enseña? No dudan de los milagros de Jesucristo, saben que son ciertos, y no obstante esto, miden con su débil imaginación los consejos de Dios, y á pesar de todos sus prodigios, casi les parecen menos decente su pasión y su muerte. ¡Qué hicieran, pues, si como los judíos, desearan que pareciese grande para salvar el Estado y socorrerlos en la opresión vergonzosa que sufrían!

Pero voy á satisfacerlos mas directamente. Vos me preguntáis por qué los judíos no creyeron aunque los milagros de Jesucristo fuesen tan repetidos como evidentes; y yo os respondo, que esto era para que se cumpliesen las profecías, porque estaba predicha su incredulidad, y que la venida del Mesías, que debía ser la salud del universo, sería la reprobación del pueblo judío: estaba profetizado en el Deuteronomio, en Isaías y Jeremías, que este pueblo deplorable debía tener ojos y no ver, oídos y no oír, corazón y no comprender.

Los demás profetas están llenos de estas amenazas. A cada paso se encuentran en ellos que el Mesías sería dado, pero que sería desconocido y maltratado por los judíos. Su dureza y su castigo estaban predichos, la historia lo ha confirmado todo, y hoy mismo son un ejemplo vivo y una prueba subsistente de aquellas profecías. El nuevo pueblo de creyentes, que se debía levantar sobre sus ruinas, está también pintado con colores tan vivos y tan parecidos al retrato, que no es posible desconocer la Iglesia cristiana que ha sucedido á la infeliz Sinagoga. De modo, señor, que si tenéis razón para asombraros de la incredulidad de los judíos, la tenéis mucho mayor para deponer toda duda cuando veis tan exacta conformidad entre las predicciones y los sucesos.

Sin duda que Dios tuvo justas razones para condenar á los judíos á tan severa proscripción; pero observad cómo la obstinada resistencia, tanto de los que persiguieron á Jesucristo como de sus descendientes, que sufren hoy mismo la pena de su incredulidad, es una de las pruebas mas victoriosas de nuestra fe, y parece que debía entrar en el orden de la dispensación divina. Porque como dice Pascal, si todos hubieran sido convertidos por Jesucristo, no tendríamos mas que testigos sospechosos; si Dios en castigo los hubiera hecho desaparecer de la tierra, no tendríamos ninguno; pero dejándonos en ella como monumentos subsistentes de la verdad de las predicciones y confesando los milagros, aunque blasfemando de la mano que los hace, su existencia sola acredita lo uno y lo otro, y sin quererlo, nuestros mayores enemigos se transforman en nuestros defensores.

Además de esto, no todos los judíos fueron rebeldes; muchos reconocieron á Jesucristo, aunque fueron la menor parte; pero por ellos empezó la Iglesia. Los gentiles no vinieron sino después, como estaba también predicho. En Jerusalem se formó el primer rebaño, pequeño á la verdad en su principio, pero que se aumentó mucho después del milagro de la resurrección. En apostólos hicieron conversiones cuyo número espanta; en dos dias ocho mil con el corazón compungido pidieron á san Pedro que los bautizase con el agua santificante, y estos nuevos cristianos hicieron á otros, los que convirtiendo muchos nuevos, múltiplica-

ron en poco tiempo su número. Así, no es cierto que todos los judíos hayan resistido á la fuerza de los milagros. Los que hacen esta objeción se engañan, porque no ponen la vista sino en los descontentos de los judíos rebeldes; pero no deben olvidar los muchos que se incorporaron en la Iglesia, y de que tantos cristianos son hoy la posteridad.

Aquí repliqué yo: Ya os entiendo, padre. Vos me explicáis el motivo secreto que os indignó el corazón de los judíos contra los milagros, aunque no pudiesen dudar de su certeza. Vos lo atribuíste á la natural repugnancia que debían sentir viendo la bajeza exterior de Jesucristo; su orgullo, acostumbrado á las ideas ambiciosas que se había formado de la grandeza de su libertador, no quería reconocerle en un hombre tan oscuro y abatido.

Esto puede ser, pero lejos de resolver la dificultad, la añade mas fuerza; porque es claro que los judíos tenían razón. ¿Cómo era posible reconocer al enviado del Señor, presentado desde el origen del mundo, al Salvador que los profetas habían anunciado con tanta pompa, al Mesías vencedor de todas las naciones, cuya gloria debía penetrar hasta las islas desiertas, en un hombre miserable que vivía triste y pobremente, que sabían haber nacido en una familia oscura que se ocupa en los bajos ejercicios destinados á la miseria? ¡Quién podía imaginar que el Santo de Israel, el redentor del género humano pudiese venir con tanta pobreza!

No ignoro que me responderéis que las vías de Dios no son las nuestras y que no podemos penetrar la profundidad de sus designios. Esta es la salida ordinaria con que se pretenden eludir todas las dificultades que no se pueden desear; pero con respuestas tan triviales se pueden justificar todos los delirios. Lo cierto es, que aunque haya infinita diferencia entre la sabiduría divina y la nuestra, tenemos con todo principios seguros para juzgar sus obras.

Uno de los mas claros es, que Dios no puede hablar á sus criaturas de una manera equívoca que deba necesariamente engañarnos, y es visible que los judíos debían engañarse si el Mesías nacía en la bajeza y miseria, después que los profetas le habían anunciado con tanta gloria y majestad. La contradicción no podía ser mas fuerte y la seducción era inevitable; así los judíos no pudieron ni nosotros le podemos reconocer.

Yo dije, esto con un aire de satisfacción: en efecto, me parecía imposible responder bien á una demostración tan simple, y en secreto me complacia premitiendo el embarazo de aquel sencilló padre; pero por desgracia en aquel instante sonó una campana, y el padre se levantó majestuoso: Ve aquí la voz de Dios que me llama; mañana si doliere, continuaremos este asunto, y espero que esta dificultad que os parece tan invencible, quedará tan sencilla como las otras. El padre se fue, y yo quedé picado de ver que se jactase de deshacer una objeción que yo encontraba insoluble. Decía entre mí: este hombre tiene talento y persuasión; pero á pesar de toda su habilidad, por lo esta vez espero vencerle; y pues está tan satisfecho, no le he de dar cuartel, veremos cómo sale. ¿Y qué sabía yo al fin le haré confesar cuán ridículo y absurdo en su sistema! Con esta idea esperaba impaciente el otro dia, cuyas resultas sabrás por la carta que seguirá á esta. Adios, amigo mío.

CARTA VI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: Cuando vino el padre, después de las primeras cortesías, me dijo: Ayer, señor, nuestra conversación quedó pendiente: vos me habéis propuesto una dificultad, que consistía en decir que si los profetas habían predicho que el Mesías vendría sin grandeza y gloria, los judíos tuvieron razón en no reconocer á Jesucristo, que se manifestó con la mayor humildad y pobreza. Creo que esto es en sustancia; pero esta dificultad que á primera vista parece tan terrible, toma toda su fuerza de un equívoco, y esto se escconde en la verdadera aplicación de la palabra grandeza.

Los hombres se engañan mucho en su genuina inteligencia. Hay muchas especies de grandeza, mas verdaderas y otras falsas: por lo común nosotros no llamamos grandeza sino á lo que le parece así á la imaginación y á los sentidos. El nacimiento ilustre, la autoridad, la opulencia, las hazafas y las demás cosas de esta especie, son por lo común lo que con afrenta de la razón alucina y seduce á los hombres, y esta pudiera llamarse la grandeza sensible. También distingue otra que se puede llamar espiritual, porque pertenece al espíritu, como es un gran ingenio, talentos extraordinarios, reflexiones profundas, vastos conocimientos, el don de la invención, la elocuencia, la fecundidad de la imaginación, y otros dotes de esta naturaleza.

Pero son pocos los que distinguen y menos los que admiran otra grandeza que hay mas oculta, y que sin duda es superior y debe ser preferida á todas; esta es la que consiste en la santidad. Ya se ve que estas tres especies de grandeza son diferentes, y que su distancia es infinita: la primera es fútil y terrenal; la segunda, menos gruesa, puede ser vana y es peligrosa; solo la tercera es sólida y sublime.

Los hombres suelen apreciarlas mal; pero ellas tienen en sí mismas un mérito intrínseco y propio, que consiste en que Dios las estima. Todas las grandezas terrestres y sensibles reunidas, no pueden elevarse jamás al valor de una sola operación del entendimiento, y todos los mas elevados conceptos del ingenio no equivalen al precio de una acción sobrenatural. Para los que saben subir á los principios de las cosas, estas son verdades claras y evidentes.

Añadid á esto, que todas estas grandeza que solo pueden ser aprendidas por la razón, aun cuando no sean incomparables entre sí, por lo regular cada uno aprecia la que le agrada, despreciando á la que no tiene ó no desea. Por ejemplo, el que no busca mas que los placeres del cuerpo, se embaraza poco del estudio, de los descubrimientos ó de los embalsos del entendimiento. El que no piensa más que en esto, no se afana ni se cree miserable por no tener el fausto y resplandor con que pretende distinguirse el primero, y para uno y otro son muy indiferen-

tes los actos de virtud y justicia á que da tanto aprecio el que aspira á ser santo.

Estos son desórdenes distintos, y cada cual tiene sus gustos y grandezas separadas: el primero no quiere ser grande sino á los ojos de los hombres sus iguales; el segundo á los de los sabios, el último á los de Dios; y cada uno es ó puede ser grande en su género. Alejandro lo era como conquistador, Platon como filósofo, san Pablo como cristiano; apliquemos estos principios á vuestra dificultad.

Vos desís, Jesucristo no podía ser el Mesías porque ha aparecido en un estado vil. Es como si dijérais: Alejandro no puede ser grande porque no fué gran filósofo, orador ó poeta; vos veis que discurriendo así haríais un juicio erróneo, basando en él una grandeza que no correspondía á su carácter; así juzgais mal de Jesucristo, extrayendo que no tenga una grandeza que era propia suya. Para poder juzgar de la grandeza ó bajeza de una persona, es necesario considerar si su estado es conforme ó contrario al orden de grandeza de su destino, de su instituto ó de su misión; este es el único principio justo que nos debe conducir en este examen.

Para saber, pues, si Jesucristo ha tenido la grandeza que debía tener, solo se debe considerar el fin para que ha venido. Ahora bien: considerad que Jesucristo no vino sino para hacer volver al rebaño las ovejas que se habían extraviado del aprisco, para convertir á los hombres, para enseñarles el camino del cielo, para librarlos de sus pasiones y de su amor propio, para darles lecciones y ejemplos de virtud, para ministráreles los bienes verdaderos y eternos, y lo despreciables que son estos bienes temporales, para instruirles en la verdadera adoración de Dios y que le tributasen un culto digno de su santidad, para perfeccionar los pecados del mundo, para proporcionarnos socorros eficaces y correspondientes á nuestra flaqueza; en fin, para preservarnos ó hacernos levantar de nuestra miseria: ve aquí su destino y el único objeto de su divina misión, y ve aquí la sola grandeza que le correspondía, esto es, la abundancia y proporcion de los medios convenientes para tan altos fines.

¡Ah, señor! si vos conociérais mejor á Jesucristo, si os hubierais aplicado á examinar su nacimiento, su vida y sus acciones, vos veríais si es grande en el orden que le era propio. Es verdad que nació pobre, humilde, que no reinó, que no dió batallas, que no ganó victorias; pero ¿qué importa? Nada de esto le era necesario; al contrario, todo eso hubiera repugnado á los principales objetos de su misión. Si yo os dijera que Platon no fué un gran filósofo porque no fué de ilustre nacimiento ni poseyó grandes dominios, vos me diríais con razón: ¿qué importa que fuese de alta ó vil extracción, pobre ó rico, libre ó esclavo? nada de esto puede aumentar ó disminuir su gloria, porque él no es grande sino en el orden de los talentos.

Lo mismo os digo, señor: ¡qué importaba á Jesucristo la pompa mundana, ser rey ó conquistador? El no quería ni debía parecer grande sino en el órden de la santidad; toda otra grandeza, y mucho mas la falsa de que venia á desengañarnos, era extranjería y aun contraria á su institucion. El debía ser santo porque no venia mas que á formar santos; y quién lo ha sido tanto? ¡quién lo ha mostrado tanta perfeccion en sus ejemplos y preceptos!

Aquí pudiera detenerme para haceros ver que en su aparente bajeza se ve mas la alta grandeza que convenia á su mision, y cuanto en esta fué sublime y superior á cuanto el mundo ha podido jamás admirar en todos sus héroes; pero esto nos detendria mucho, y espero que vendrá un dia en que pueda haceros conocer su vida y doctrina con mas oportunidad, ahora no quiero ocuparme mas que en responder á vuestras objeciones. Pero, padre, le dije yo, vos no habeis respondido completamente á la mia. Confieso que puede haber equivoco en la idea de la grandeza, y que Jesucristo á pesar de la humillacion con que vino, pudo tener la única que convenia á sus designios; así no husito mas en esta parte; pero la dificultad queda en pie; porque es cierto que los profetas anunciaron al Mesias como revestido de esa grandeza sensible le llaman rey, conquistador; dicen que sojuzgará á todas las naciones, y de aquí resulta una alternativa inevitable: ó los profetas se engañaron, ó Jesucristo no es el Mesias. Ved cómo podéis desembarazaros de este dilema.

Este dilema, me respondió el padre, tendrá la misma suerte que los otros semejantes. Es cierto que los profetas en muchos de sus textos representaron al Mesias poderoso, glorioso y vencedor; pero tambien lo es que los mismos profetas en otros textos le presentaron pobre, humillado y condenado á muerte. Es menester, pues, decir, ó que estos profetas se contradecian, ó que en sus expresiones, en apariencia contrarias, habia un sentido oculto, con cuya inteligencia se conciliaba todo.

Los judíos groseros y carnales, y por otra parte oprimidos con las vejaciones y el yugo que padecian, olvidaron los rasgos con que se les habia pintado al Mesias en estado de abatimiento y de pobreza, y solo se acordaron de aquellos que le pintan poderoso y triunfante; por eso cuando vieron á Jesucristo humilde y abatido, se obstinaron tanto en no reconocerle. Pero los cristianos, esto es, los que creyeron en él, entendieron este sentido, y lejos de que esta contradiccion aparente les alejase de la fe que le debian, ella era la que les persuadía con mayor fuerza, porque en ella sola encontraban la conciliacion de cosas que parecian tan opuestas.

Sabian que Jesucristo habia dicho que su reino no era de este mundo. Sabian que el Mesias debía ser grande, poderoso y vencedor; pero tambien sabian que debía sufrir, ser por autonomia el hombre de dolores, y al fin morir con una muerte afrentosa entre dos ladrones. Estas cosas eran contrarias entre sí, y solo se podian conciliar en el sentido verdadero, esto es, que su grandeza no seria tal como el mundo se lo figura, de pompa brillante y exterior, sino de virtud, santidad y milagros; que su poder no seria tal como el de los hombres, que todo lo dominan con la fuerza de las armas, sino el de dominar los corazones con la fuerza de su doctrina y de sus palabras; en fin, que sus victorias no podian ser contra las naciones enemigas,

sino contra la idolatría, contra las pasiones y los vicios.

Así los judíos que querian entender á la letra los textos en que figuradamente se hablaba del Mesias como de un glorioso vencedor en el sentido en que se podia dar este título á Ciro ó Alejandro, necesitaban de olvidar ó no hacerse cargo de los otros en que se les pintaba en el último abatimiento y como el oprobio de los hombres; por consiguiente, era preciso que se engañasen, y solo podian reconocerle los que sin olvidar nada y haciéndose cargo de la contradiccion aparente, hallaban en ella un sentido oculto pero verdadero, pues era el único con que todo quedaba compuesto y conciliado.

Los cristianos, pues, no podian engañarse, porque su racionero era demostrativo y evidente, y se reducia á esto: Es verdad que el Mesias debe ser grande, poderoso y vencedor, y Jesucristo no parece mas que humilde, pobre y abatido; pero esto tambien está predicho del Mesias. Por otra parte, vemos que Jesucristo está lleno de virtudes, que nos enseña la mas santa doctrina que los hombres han podido jamás imaginar, que dueño y señor de la naturaleza, la domina á su arbitrio, pues al imperio de su palabra sanan los enfermos y resucitan los muertos. Hombre que tiene tanto poder, no lo puede tener mas que de Dios, pues Dios solo puede comunicarle; y si le tiene de Dios, es evidente que Dios le autoriza y que es indispensable creer cuanto nos diga, porque Dios no puede autorizar ni la mentira ni el mentiroso.

Si es menester creer cuanto nos diga, es menester creer que es Hijo de Dios, que es el Mesias, porque nos lo dice. Es verdad que nosotros nos habiamos figurado que vendría con fasto y aparato, que seria gran conquistador, que sojuzgaría las naciones y tendria el imperio de la tierra, porque así lo habian dado á entender los profetas; pero viéndole ahora mas de cerca, reconocemos que esto no podia ser, pues los mismos profetas han dicho que seria tratado con desprecio, ultrajado y condenado á una muerte afrentosa, y estos dos extremos son incompatibles. Es pues indispensable entender, que hay en estas palabras un sentido oculto y espiritual, que es el que puede conciliarse; esto es, que la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesias, son de otra especie que las que entendiendo la ambicion grosera, y que tienen un caracter mas elevado y superior, ó que aluden á la segunda venida.

Vemos ahora á Jesucristo, y dejando aparte que llega y hace precisamente en el tiempo anunciado y en que toda la nacion le esperaba, olvidando tambien los milagros que precedieron á su nacimiento y los testimonios de su precursor, no nos detengamos á examinar mas que su propia persona. ¡Qué virtud! ¡qué doctrina! y sobre todo, ¡qué milagros tan repetidos y tan evidentes! ¿quién puede hacer tantas maravillas sino Dios ó aquel que nos habla en su nombre? ¡y cómo se puede dejar de creer él que Dios tan visiblemente favorece! Pues Jesucristo dice tan claramente que él es el Mesias, sin duda lo es. ¿Pero cómo puede serlo estando tan pobre y humillado? sin duda que la grandeza, el poder y las victorias prometidas son de otro caracter. Vemos pues si en él se manifiestan algunas que puedan persuadirnos, completando por una mayor inteligencia la idea que nos dan las profetas.

¿Qué grandeza hay en Jesucristo? exceptuando la pon-

pa exterior que es falsa y frívola: ¡qué especie de grandeza sólida y verdadera falta á Jesucristo! ¡Qué virtudes tan heroicas y sublimes! ¡qué leyes tan santas y tan nuevas! ¡qué doctrina tan elevada y superior! Sobre todo, ¡qué paciencia tan inimitable en sus persecuciones! ¡qué constancia tan nunca desmentida en la mas dolorosa de las muertes! ¡qué desinterés! ¡qué amor! ¡qué sacrificio por los hombres! El que ha vivido y muerto de este modo, es sin duda muy grande, y esta grandeza es de un órden muy superior á toda la idea que la grosera ambicion podia imaginar.

¿Cuál es su poder? Los hombres mandan á hombres, pero Jesucristo manda á los ángeles, sujeta y arroja á los demonios, y al imperio de su voz la naturaleza entera se trastorna y obedece. Este poder es sin comparacion mas alto y sin duda mas digno del Mesias. ¿Y cuáles son sus victorias? No serán como las de Alejandro y Ciro; porque el mismo ha dicho que no vino para ser servido, sino para servir (1); porque en otra ocasion dijo tambien, que los príncipes del mundo dominan á los hombres, pero que no debía ser así entre sus discípulos, sino que los primeros debían ser los últimos (2); y porque los enemigos que debían vencer, eran aunque invisibles, mas terribles, mas tenaces, y necesitaban de un esfuerzo superior al humano; estos eran la idolatría, los demonios, las pasiones y los vicios; y estas son las victorias que obtuvo el divino Triunfador.

Ve aquí, pues, la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesias; y ve aquí cómo el cristiano entiende cumplidas las profetas, que es imposible verificar de otro modo. El solo ha descubierta, digámoslo así, el sentido del enigma. Esta es la razon porque los judíos toscamente atentos á la letra no le pudieron descifrar, esto es, porque los incrédulos hallan contradiccion en una cosa, que así la mira como la muerte de Jesucristo, con los demás sucesos posteriores, han explicado con tanta claridad; pero nosotros tenemos la dicha y el consuelo de conciliar lo que á unos y otros parece tan contradictorio.

Confieso, padre, le dije yo, porque voy de buena fe, que vuestra solucion, supuesta la verdad de las profetas, me hace fuerza; porque yo sé que segun las reglas de critica, cuando un autor fidedigno refiere cosas que parecen opuestas, si se puede encontrar un sentido en que puedan conciliarse y de que resulte una inteligencia justa, clara y natural, la contradiccion desaparece y se debe creer que las dijo en aquel sentido. Así, en esta parte no tengo dificultad de confesar que los cristianos tienen grande razon contra los judíos, porque unos y otros suponen la inspiracion de los profetas; pero á mí no me puede satisfacer, porque es menester empezar por probarme la verdad de esta inspiracion, lo que no me parece tan fácil.

¿Quién ignora que los profetas de los judíos no son otra cosa que un remedo de los oráculos de los gentiles? Todas las naciones han poseído siempre que sus dioses rati- caban lo verdadero, los pueblos les consultaban y ellos predican los sucesos futuros; esto es un hecho positivo y conocido en la historia. Y yo os pregunto: ¿O era Dios el que hablaba por el órgano de aquellos sacerdotes paganos

ó era el diablo? Si era Dios, es consiguiente que entonces las profetas no pueden distinguir la religion verdadera de las falsas; si era el diablo, yo os diré que ¡por qué el mismo no habrá podido dictar las que vemos en los libros canónicos de los judíos? Y no me digais que los sacerdotes del paganismo engañaban á los pueblos con respuestas astutas; porque yo os diré lo mismo de los profetas de los hebreos. Vemos si os podéis desembarazar de este dilema tan fácilmente como del otro.

El padre me respondió: No me será mas difícil. Esta es una dificultad antigua, que parece simple y natural; Celo la propuso á Orígenes, este la respondió y la desahucó, y no obstante, todos la han repetido, porque esto es lo que sucede con todas las objeciones que los filósofos de mala fe renuevan, olvidando las ilusiones; y la mayor parte de los hombres se fijan en la dificultad porque es simple y corta, y no quieren tomar el trabajo de profundizar la respuesta, porque esta es necesariamente mas larga y complicada; pero vos vais á ver cuán frívola es vuestra última objecion. No entraré ahora en la cuestion de examinar si la hablo en efecto verdadero ó no entre los gentiles, porque esto pide larga discusion; quiero sumerirlo porque para desengañaros me basta hacerlos ver la diferencia de unos ó otros.

Las respuestas de los idólos eran tan notoriamente fútiles y engañosas, que no habia entre los gentiles mismo ningún hombre medianamente instruído que no se burlase de ellas y no supiese que eran dictadas por los sacerdotes, interesados á mantener el culto de sus dioses. No solo los filósofos en particular, pero las sectas enteras, excepto la de los estoicos, hablaban en público de ellas con desprecio; así se lo dice á Celso Orígenes. Se dejaba al pueblo esta ilusion porque la multitud es crédula, le agrada lo profano, y esta idea de que el diablo se interesaba por ella, era un medio de mantenerla en el culto autorizado.

Pero las personas instruidas conocian toda la impostura; Enomus se burlaba de Apolo y Cirilo sus respuestas; no solo se moñaba del oráculo de Delos, no solo decia que era un hombre quien hablaba en él, sino un hombre tan poco diestro, que no sabia cubrir su engaño con apariencias verosímiles. Ciceron decia lo mismo, y hasta Porfirio, el mayor enemigo del cristianismo, se vió obligado á confesar públicamente que toda era un artificio ridículo. Muy clara era sin duda la impostura, pues no se atrevió á negar un gentil que en otras cosas fué el mas tenaz de los idólatras.

Y esto fué mas visible cuando habiendo sido condenados los mismos sacerdotes impostores por la justicia de las leyes, segun refiere Eusebio autor contemporáneo y testigo del hecho, confesaron haber engañado la incredulidad de los pueblos con respuestas fingidas en nombre de sus dioses. Estos infelices descubrirían los artificios de que usaban, y no pudo quedar la menor duda, así perdieron su crédito para siempre, y esto hace verosímil que todos los oráculos que se habian publicado hasta entonces, eran de la misma especie.

¿Qué diferencia de estos oráculos á los de los judíos ¡cómo se puede hacer tan injusta comparacion! Los profetas no tenían ningún interés en hablar en nombre del Dios de Israel, su ministerio no era lucrativo ni lisonjero, y lejos de esperar recompensas, la muerte era el fruto de

(1) *Matth. XX, 25.*

(2) *Ibid. v. 25, 26 et 27.*

sa celo. Ellas y su sucesor Eliseo son amenazados y perseguidos, hasta a pesar de su ilustre nacimiento es el escarnio del pueblo y de su nombrar, muere en los tormentos mas crueles, Miqueas pasa su vida en la prisión, Zacarías es apedreado, Ezequiel como el pan que empapaba en sus lágrimas, Daniel es dos veces entregado á los leones; en fin, todos anuncian desgracias y todos eran víctimas de su pueblo ingrato y furioso.

La memoria estaba tan viva y era tan fresca, que Jesucristo increpa á los judíos por haber dado la muerte á todos los profetas que le habian precedido. Los impostores no se encargan de ministerios tan tristes y tan peligrosos; y si los profetas lo hubieran sido, no hubieran anunciado tantas desgracias á un pueblo que no deseaba mas que predicciones agrables. Habieran hecho como los sacerdotes idólatras, que no se ocupaban mas que en lisonjear las pasiones de sus príncipes, hasta el extremo de alabar al sanguinario y feroz Eslarís.

Ve aquí una gran diferencia entre otras muchas. Los oráculos de los gentiles era ambiguos, equívocos y susceptibles de muchos sentidos; así siempre presentaban un aspecto á que todo acontecimiento podía convencer; yo propendí mas que un ejemplo. Crese, rey de Lidia, antes de empezar la guerra consulta si será dichosa ó funesta; se le responde que si ejecuta su proyecto destruirá un grande imperio. Crese imagina que se le ofrece la victoria y ataca á los persas; pero en vez de triunfar es vencido, y destruye su propio reino.

El mismo Enomaus ya citado, explica la afectada y astuta ambigüedad del oráculo. El que lo dictaba veía dos grandes reyes armados el uno contra el otro; en aquel tiempo las guerras ocasionaban de ordinario la total ruina de los imperios; era pues probable que uno de los dos fuese destruido. Cual, él lo ignora; pero todo se compone con una predicción que tiene dos sentidos, y con semejante artificio en todos los asuntos, el oráculo será siempre cumplido. Los griegos habían llegado á percibir tanto esta astucia, que llamaban á su Apolo oblicuo y falso; y Cicero decía que siempre se guardaba una puerta excusada para salir por ella.

Los profetas hebreos no eran así. Sus oráculos no podían dejar de ser oscuros, porque hablaban de cosas futuras, que solo al tiempo podía aclarar, pero no eran ambiguos ni equívocos; y cuando el suceso los verificaba, se veía en ellos una predicción y unidad de sentido que no podía convenir sino al suceso mismo. Describen las revoluciones de las ciudades y de los imperios con tanta precisión y tanta circunstancia, que no era posible aplicar sus vaticinios sino al objeto de que hablaban. Los tiempos estaban señalados con fechas exactas, los lugares indicados con señales características que no podían convenir á otros, y muchas veces nombrados por su propio nombre.

Por ejemplo, antes que Nabucodonosor naciera, Isaias anuncia la gloria y el imperio orgulloso de este príncipe, pero al mismo tiempo predice su ruina y destrucción. Cuando el profeta hablaba, Babilonia era un lugar humilde; pero él anuncia su futura grandeza, añadiendo que luego que llego al mayor punto de su elevación, sería castigado su orgullo con su ruina. "Yo voy, decía Dios por la boca de Isaias (1), yo voy á suscitar los modos... La

(1) *Ibid.* XIII, 17.

"grande Babilonia... esta reina de las ciudades del mundo que ha dado tanto orgullo á los caldeos, será destruída como Sodoma y Gomorra." El que destina el cielo para renovar esta nación soberbia, será Cyro; y el profeta no solo le ve y anuncia doscientos años antes de que nazca, sino que le nombra por su propio nombre. El Señor añade (2): que ha escogido á Cyro, el cual ejecutará su voluntad en Babilonia, y será su brazo entre los pueblos de la Caldea.

¿Puede haber, señor, equívoco, subterfugio ó trampantoja en una profecía tan determinada y positiva? Todo está indicado con una precisión tan individual, que no puede convenir sino al suceso. Muchos siglos antes de que pasen están anunciadas revoluciones de hechos que no podían prevenirse, porque no existían todavía ni el teatro ni los autores. Babilonia no era nada y era menester que se formara antes en ella un imperio que diese lugar á su orgullo y su ruina; Nabucodonosor no había nacido, que era el que debía ser castigado con ella; y el vengador, el ministro del cielo, el brazo que destinaba para humillarle, estaba todavía en los secretos de la Providencia. A pesar de tanta oscuridad, todo ve Isaias, todo lo predice y lo nombra. Mirad si oráculos de este carácter pueden venir de otro que de Dios, y si se les puede comparar á los groseros y mal encubiertos artificios de impostores ignorantes y falsos.

Me sería muy fácil multiplicar las citas de esta especie, porque todas nuestras profecías son del mismo género, pero esto pide mucho tiempo y cortaría el hilo de vuestras objeciones. Si queréis, dejemos aquí, y doblando esta hoja; otro día la desenvolveremos, y yo prometido hacer ver con evidencia, que es hacer mucha injuria á la verdad, confundir los oráculos con nuestras divinas profecías, que los sacerdotes de los dioses falsos no se atrevían á pronunciarlas en presencia de los cristianos ni aun de los epicéretos, porque estos no creyendo en los dioses, se burlaban de ellos, y aquellos adorando al verdadero Dios, conocían sus engaños.

También veréis que sus oráculos se contradicen entre sí; que lo que decían en Delfos era contrario á lo que decían en Dodona, que habiéndoles sorprendido en estas contradicciones, ó que habiendo muchas veces desmentido el suceso la esperanza de la predicción, Apolo para excusarse se vió precisado á confesar que había mentido porque el destino le había forzado; que estos bárbaros pedían sacrificios de hombres, y algunas veces de ciudades enteras; que otras veces ordenaban ceremonias impuras, incestos, adulterios, danzas disolutas y horrores que no pueden decirse sin rubor.

En fin, veréis que entre todos los oráculos que se citan, no hay un solo ejemplo de uno que haya predicho claramente un hecho futuro y dependiente de causas contingentes y libres: todos se reducen á hechos actuales que estaban lejos del lugar en que se pronunciaban los oráculos, pero que podían saberse ó conjeturarse; y adivinar esto era posible no solo al demonio, sino á hombres hábiles y astutos.

Pero qué comparación se puede hacer de esta pobre y mezquina manera de engañar á pueblos ignorantes, á quienes por su propio interés dejaba seducir el gobierno, porque tenía en su mano á los sacerdotes, con las estupendas profecías de los libros divinos, que anunciaban antes de si-

(2) *Ibid.* XLIV, 38.

glos los hechos menos capaces de ser previstos por la prudencia humana! Vos os asombraréis, señor, y no podreis dejar de reconocer que cosas tan grandes, tan contingentes y tan oscuras, no las podían predecir sino hombres á quienes Dios las revelaba; pero vuelvo á decirlos que esto es largo y que yo no quisiera interrumpiros en las objeciones que me queréis hacer.

Parece, padre, le dije yo, según el deseo que tenéis de que os proponga mis dificultades, que estais seguro de vencerlas; pero puede ser que os engañeis: consento en que dejemos aparte este objeto para después, aunque ya me habeis dicho lo bastante para que yo entrevea lo que os queda para decir; dejémosle pues por ahora á un lado, y pasemos á otra cosa.

No ignoro que después de las profecías y de su cumplimiento, los cristianos se fían mucho en sus milagros y sus mártires, sin hacerse cargo de que no hay religion, por absurda y ridícula que sea, que no abunde en uno y otro. En efecto, no hay cosa mas fácil que inventar y hacer creer á los pueblos quanto la imaginación puede concebir; porque ó ya que la ignorancia sea de ordinario crédula y menos apta para reflexionar, ó ya por la flaqueza de su espíritu ame naturalmente lo que la asombra, ó que en fin, la perezosa que con esto extiende mas sus conocimientos, la exacta percepción acredita que la multitud está siempre con la boca y el corazón abierto para creer todo lo prodigioso sin exámen ni crítica.

Los historiadores, los políticos, los sacerdotes y los reyes se han aprovechado en todos tiempos de esta disposición para hacer creer á los pueblos todo lo que les interesaba; y hoy mismo cuántos milagros están repetidos que los hombres de buen sentido saben ser falsos, ó que los mas instruidos atribuyen á efectos naturales! Pero tal es el carácter de la humana credulidad, que un hombre solo supersticioso ó interesado persuade á mil, y estos persuaden después á otros millares, el tiempo los consagra y les imprime con la antigüedad el sello de la veneración. El cuerdo ó se deja arrastrar ó se atreve á oponerse al torrente, y va aquí como las mentiras adquieren una apariencia de verdad, ve aquí tambien cómo todas las religiones están llenas de milagros que creídos por los entusiastas, se transforman en mártires.

No son estos pues medios propios para convencer á un filósofo que conoce el origen, la causa y la falsedad de semejantes hechos; los milagros no pueden persuadir al que sabe que las religiones absurdas se autorizan con ellos. ¡Por qué los milagros de Jesucristo hay de ser mas ciertos! El filósofo pues suspende su juicio, y como es imposible hacerle ver con evidencia la certidumbre de los milagros que le citan, está en derecho de ponerlos todos en la misma clase y creer ninguno.

Yo creo, señor, me respondí, el padre, que se debía sacar una consecuencia contraria y que sería mas justa. Yo diría: pues hay tantos milagros falsos, es necesario que los haya verdaderos; y si hay religiones que han fingido milagros para autorizarse con ellos, es preciso que haya una verdadera que los tenga ciertos. Porque los milagros falsos no son mas que una imitación de los verdaderos, como las falsas religiones no son mas que un remedo de la verdadera, como las falsas profecías suponen las divinas, y en fin, como de ordinario lo fingido supone lo que es real. Pues

sin esto faltaría á los hombres el modelo sobre que fabricar sus invenciones, y como decía Pascal, si no existiera nada de esto, fuera imposible que unos hombres lo imaginasen y otros lo creyesen. Así, me parece que lejos de concluir que no hay verdaderos milagros, porque muchos son evidentemente falsos, se debía concluir que pues hay tantos falsos, es preciso que los haya verdaderos, y que solo estos han podido ser la ocasion ó la causa de que haya los otros. El estudio del sabio debe ocuparnos en discernirlos.

Es posible que por ahora entremos en la discusión de cada uno de los milagros; pero si queréis echar una vista por mayor sobre los de Jesucristo, veréis cuánta injuria sería confundirlos con los otros que deben su origen á la impostura y la incredulidad. Examinad muy por menor todos los que cuentan la historia profana, y veréis en ellos defectos esenciales que los hacen manifiestamente despreciables.

Se cuentan, se refieren, pero ninguno dice haberlos visto; unos citan á otros, pero jamás se llega á un testigo de vista fiel, imparcial y fidedigno; jamás á este milagro se sigue otro que confirme ó quite los dudas que ha podido excitar el primero, y siempre quedan vagos mal individualizados no hay dos relaciones conformes; los autores varían la narración y se contradicen en las circunstancias. Basta leerlos para conocer que toda aquella narración es frauta y fabulosa, y que está destituida de todo apoyo, autoridad y verosimilitud. No exagero, señor, y si no, que se me cite uno solo en que no sean visibles estos defectos.

¿Pero qué diferencia en los milagros de Jesucristo! La mayor parte de ellos se hacen en público y en presencia de una multitud de testigos. No solo eran públicos, sino repetidos y de especies diferentes. No era posible que tantos se engañasen, sobre todo cuando se repetían con tanta frecuencia y los presenciaban sus mismos enemigos, que no pudiendo negarlos, los atribúan á Boleboá.

Pero lo que es mas, sus discípulos que después de su muerte contaban los milagros de su maestro á otros que no los habían podido ver, hacen otros iguales en distintas partes del mundo, y obligan muchas naciones á que los crean; ¡Y con qué individualidad están todos ciertos! Todo está en circunstancias de un tiempo, un lugar, el lugar, los testigos, las personas de su clase, su nacimiento y hasta su nombre; esto Evangelio se publica y corre en el mundo en tiempo en que estaba todavía fresca la memoria de los hechos, nadie los contradice porque todos saben que eran verdaderos y públicos: cómo pues se pueden comparar con las fábulas que los ignorantes creen sin exámen ni pruebas!

A esto respondi: Para juzgar, padre, estos milagros, sería menester haberlos visto, y tan de cerca, que se hubieran podido examinar todas las circunstancias; y á pesar de toda diligencia sería todavía posible engañarse; porque quién conoce todas las fuerzas de la naturaleza! quién puede tener bastante percepción para descubrir todos los sacrificios ilustrados de los impostores hábiles! Y si los testigos mas ilustrados pueden ser seducidos, ¿cómo mas los pueden ser los que no lo saben sino por testimonios ajenos?

Vos no queréis con razón que los hombres se fíen en las opiniones de los sabios para entregarse á la incredulidad, y vos queréis que se fíen en la relación de milagros que han

podido ser creídos por ignorantes ó débiles, para regular por ellos su creencia: esto me parece inconsecuente.

Lo mismo digo de los mártires. ¿Qué me importa que haya habido hombres ilusos ó fanáticos, que por tenacidad ó por falsas ideas hayan preferido á la vida el teson de sostener una religion y sus dogmas, cuando yo veo que el mundo ha estado siempre lleno de espiritus ilusos, que han hecho el mismo sacrificio por errores que eran evidentes? ¿Qué religion, por absurda que sea, no tiene hoy sus penitentes y no ha tenido sus mártires? Si el mártirio fuera pues una prueba decisiva, todas las religiones fueran verdaderas, y la cristiana no sería por eso mejor que las otras.

Lo mismo pienso de otra prueba que los cristianos fundan en los progresos rápidos de su religion, pues todas las otras pueden alegar los mismos y mayores. El filósofo no extraña esto, porque sabe que el hombre es naturalmente tímido y supersticioso, y que toda nacion que está todavía en el rudo estado de la naturaleza, adoptará sin necesidad de mucho esfuerzo cualquiera religion que se le presente, temblará de sus amenazas y se consolará con sus ilusiones.

Así pues, su creacion no puede probar su divinidad; el paganismio tuvo mayor extension que la religion cristiana. Pero sin subir tan alto, ¿qué progresos no ha hecho casi en nuestros dias el mahometismo? En poco tiempo se propagó como un fuego devorante casi en toda el Asia, en la mayor parte de Africa y en no pequeña parte de la Europa; ¿diréis por eso que es verdad? Estos son hechos, y no como los vuestros, antiguos y contados por otros, sino palpables y subsistentes: es pues ridiculo fundarse en pruebas tan finitas y equívocas; y debemos confesar que sola la religion natural viene de Dios, y que todo lo demás procede de los hombres.

Vos habeis, señor, reunido, me respondió, muchas objeciones; yo voy á responderos con separacion. En cuanto á los mártires, pudiera decirse desde luego que en ninguna religion los ha habido jamás sino en la de los judios y de los cristianos, y si vos conocieris otros, hacédme la gracia de nombrármelos. La historia pagana en su inmensa extension no cuenta mas que uno solo, que fué Sócrates: no se ve en ella ejemplo de ningun otro que por causa de religion haya sufrido no solo la muerte, pero ni siquiera persecuciones ó tormentos. La razon es muy simple; porque los filósofos penitentes inventaron ó adoptaron sistemas religiosos, no pretendian sacrificarse por ellos: su objeto no era mas que mostrar ingenio y adquirir reputacion. Era principio establecido entre todos, que en la práctica ó la conducta era menester conformarse con la del pueblo; así adoraban en público los dioses de que se burlaban en secreto. Los discípulos de Epicuro, que no creían en ninguno, frecuentaban los mismos templos y celebraban las mismas fiestas que los de Sócrates, que habían llegado á conocer la unidad de Dios. Disputaban en las escuelas, donde era permitido reducirlo todo á problemas; pero en la práctica todos se conformaban con el culto recibido: así, no habia ni era posible que hubiese mártires.

Pero para destruir de raíz vuestra reflexion, quiero conceder por un instante que haya habido algunos mártires no solo en todas las religiones, sino en cada una de sus sectas, ¿qué sacareis de esto? ¿A caso pretenden los cristianos que su religion es la verdadera solo porque sus mártires la han creído? No señor, un ser esto lo que dicen, lo que dicen cla-

ramente es, que los hechos que refiere el Evangelio, y sobre los cuales se funda su religion, son verdaderos, por que los mártires primitivos que los vieron los certificaron al tiempo de morir, y que no murieron sino porque los certificaron.

Observad, señor, que estas mártires no la han sido por sostener meramente dogmas ó verdades especulativas de su fe, sino por atestiguar la verdad de los hechos en que no podian engañarse y en que su fe se fundaba. Y de aquí debéis inferir la gran diferencia de estos mártires á los de las otras religiones, que no han podido morir sino por sostener dogmas especulativos en que se podian engañar; y debéis inferir también, que cuando se supongan muchos mártires en las religiones falsas, su multitud no puede destruir el testimonio decisivo y único en su género que dieron los apóstoles, los primeros discípulos de Jesucristo y otros muchos fieles que murieron en los primitivos dias de la Iglesia.

Vuestra objecion, pues, nada de medio y altera el estado de la cuestion, pasando del hecho al dogma. Compara los mártires de la mera doctrina con los que lo son además de la verdad de la historia; y porque en los anales de otras religiones se encuentran mártires de falsas doctrinas, vos queréis inferir que no se debe creer á los que aseguran á costa de su vida la verdad y subsistencia de los hechos por que mueren.

Ya veis que este raciocinio no es justo ni concluyente, y lo conoceréis mejor si os deteneis á considerar que estos testigos eran soberanamente creíbles, pues no podian engañarse sobre hechos notorios que ellos mismos habían visto y cuya certidumbre aseguraban á costa de su sangre. Para quitarme la fuerza de la demostracion, es menester probarme, ó que á pesar de su multitud y su conformidad los hechos son falsos, lo que no es posible, ó que en las otras religiones ha habido muchos hombres reunidos que se han dejado martirizar por otros hechos evidentemente falsos; lo que es mas imposible todavía.

Además, que no puede haber cogido entre los fanáticos que mueren por las falsas sectas, y los mártires de la religion cristiana. Pues aquí solo es donde se reconocen mártires sin número de toda edad, de toda condicion, de todo sexo, ricos, poderosos, personas de la mayor autoridad y sabiduría, que se ofrecen libremente al furor de los mas violentos persecutores con asombro de los mismos verdugos, que admiran la fortaleza invencible con que sufren los tormentos mas atroces, y la alegría extraordinaria con que sacrifican su vida por Jesucristo, y cuantos mas mueren, mas crece el número de fieles, simulando la sangre de los mártires arrojada en tierra como una semilla fecundísima que convertia los gentiles mas obstinados y multiplicaba al mismo paso los cristianos que los persecutores intentaban extinguir, que no lo advirtió Tertuliano, testigo ocular y nada sospechoso.

Vengamos ahora á la extension del paganismio y mahometismo. Cuando los cristianos proponen la del Evangelio, no piensan que esta sola sea una razon característica de su divinidad. Bien saben que si no fuera extendida, sería una señal de no ser divina; pero tampoco ignoran que no basta el serlo para probar su celestial origen. Esta circunstancia es necesaria; pero la verdad resulta de la fuerza de su reunion con todas las demás pruebas que la acom-

pañan. Por sí sola sería sin fuerza; pero reunida á lo demás, completa el cuerpo de sus pruebas y añade un grado de luz á su evidencia.

Vos comparais la extension y los rápidos progresos del mahometismo con los de la religion cristiana. Pero, señor, ¿qué diferencia! ¿Quién no sabe las causas por qué se propagó tanto la religion de este impostor? ¿Quién no sabe que todo lo debió á su valor, á su astucia y á la fortuna de sus armas! ¿Pero quién ignora tampoco las viruelas, las mortandades y las pérdidas de que se sirvió! ¿Quién ignora la ninguna prueba de su mision, sus contradicciones, sus fábulas ridiculas y los excesos inauditos de la ignorancia mas grosera!

¿Cómo es posible comparar una secta absurda propagada á fuerza de armas victoriosas y con la punta de la espada, una secta que abría todas las puertas á la ambicion y á los deleites, con la fe cristiana, que no predica mas que la austeridad y la mortificacion de las pasiones, y que ha sabido extenderse en el universo sin armas ni mas fuerza que la persuasion, los sufrimientos y la paciencia! El prodigio, pues, no es solo que se haya extendido sobre toda la tierra, y aun mas que el mahometismo, pues este no ha ocupado ni ocupa todavía sino los lugares que ocuparon antes los cristianos; el prodigio está en que se haya extendido tanto, á pesar de que respalda por sus leyes severas á la corrupcion general, y que lo haya hecho por medios que parecian tan opuestos á su logro.

No es, pues, el progreso del Evangelio ni de la Iglesia lo que debe admirar mas, sino que le haya conseguido contra toda apariencia de progresos, sin que la elocuencia lo haya ayudado, sin que la autoridad pública la haya sostenido, sino por la sola predicacion de la cruz, que parecía una locura, y contra el torrente de todas las pasiones.

Si Jesucristo hubiera dado batallas como Mahoma, ó si este hubiera sido pacífico como el otro, entonces se les pudiera comparar por lo menos por ese lado. Pero cuando uno corre el mundo con un ejército victorioso, forzando á que se le rindan cuantos encuentra, y el otro no hace mas que sufrir; mientras que el uno arma en su favor los pueblos que induce á la rebelion, y el otro se ve abandonado de sus pocos discípulos: en fin, cuando el uno toma todos los medios humanos que son capaces de conseguir sus fines y el otro no toma ninguno, ¿cómo es posible hallar un punto de comparacion entre los dos! Mas distancia hay entre ellos que entre la tierra y el cielo.

Por otra parte, ¿quién ha dado la autoridad á este impostor? ¿Qué pruebas ha dado de la verdad de su mision! ¿Quién le ha anunciado antes de que naciera! ¿Qué profecías le han prometido! ¿Cuáles ha hecho él mismo! ¿Qué milagros se le han visto! Ninguno. Es el único que se ha anunciado á sí mismo: él solo. . . . Aquí interrumpí yo diciendo: ¿Qué, padre, no ha hecho ningun milagro! ¿A lo menos sus sectarios no dicen que haya hecho alguno! No, señor, me respondió; no lo dicen ni lo pueden decir, porque el mismo Mahoma dice positivamente en su Alcoran: "Yo he venido no para hacermos seguir con la autoridád de los milagros, sino con la de las armas." Así, no es más posible desmentirle.

No ha hecho, pues, milagro alguno; á menos de que no tengais por tal lo que él mismo decía, que el ángel Gabriel venia á tratar con él, que hacia bajar á su manga una

parte de la luna, y que la hacia después volver á su puesto, ó que él conversaba por la noche con un camello. Estas y otras cosas de esta especie contaba á sus sectarios; pero todos eran hechos propios que pasaban á solas y á la testigo; él se decía con la espada en la mano, y era menester creer ó morir, y lo mas seguro era creer.

Pero padre, volví yo á decir, no podéis negar que si no hizo ningun milagro particular, su vida es una serie de victorias lo parecen. Gran milagro por cierto, respondió el padre, el que ha hecho tantos conquistadores, otros quienes se cuentan tiranos, principes abominables, pueblos bárbaros y naciones idólatras. Les peras que adoraban el sol, los romanos tan supersticiosos los hicieron mayores en este género, y antes los habían hecho tambien Nabuodonosor y Antiojo, principes detestables. No eran así los milagros de Jesucristo.

¿Cómo es posible hablar seriamente de este asunto! Es imposible leer el libro en que publicó su ley y que llamó Alcoran, sin descombarse de que tantas ineptias tan insensatas y tan pueriles hayan podido encontrar partidarios; todo está lleno de absurdos, y lo que es mas, de contradicciones; á cada paso se descubre su ignorancia y su inconsecuencia. Por ejemplo, hablando de nuestros evangelistas, dicen que fueron verdaderos, sinceros y santos; y el infeliz es tan necio, que no advierte que el esto es verdad, él mismo es un profeta falso, pues que no los ha seguidos.

Decía que Jesucristo era el Mesías prometido, el Verbo de Dios, su espíritu y su sabiduría, y después de haber concedido esto, acaba diciendo que no era mas que un profeta. Reconoce la resurreccion de Jesucristo, y no solo sus demás milagros, sino que aun añadió otros muchos de que no hablan ni el Evangelio ni nuestra tradicion; y no veis que estos milagros eran una prueba contra él, que no habia ninguno, pero era un impostor atrevido que hablaba á pueblos groseros.

Era tan ignorante y tenia tan baja idea de Dios, que le atribuía un cuerpo, juntándose de que le habia teido la mano, cuya frialdad dice que habia casi helado la suya. Del alma tenia tambien falsas ideas, pues la reputaba por un vapor, cuya masa, mas ó menos extendida en su volúmen, hacia la diversa duracion de nuestra vida. Prometió á sus prosélitos un paraíso de felicidad, y no pudo concebir en él mas que los groseros placeres á los cuales conducia, permitiéndoles otros semejantes en la tierra por la poligamia; en fin, tan disoluto, que á pesar de la resurreccion que le profetisan sus partidarios, están obligados á confesar hoy sus desordenes, sus injusticias y sus violencias, no menos que las de sus compañeros y primeros discípulos, hombres sin costumbres ni probidad, y á quienes permitia toda la licencia de los vicios.

Y qué, señor, este hombre y esta religion se comparan á la de Jesucristo! ¿Se pueden poner en la misma balanza estos hechos y los del Evangelio! Puede haber valor para medir con la misma vara y oponer gravemente estas ineptias, cuencias y delirios á la fe cristiana, tan santa, tan pura, tan divina, y que está sostenida con tantos milagros y tantos mártires que han sellado la verdad con su propia sangre! ¿Cómo es posible. . . . Yo le interrumpí diciendo: Dejemos aparte la religion mahometana, porque conozco realmente que no merece entrar en paralelo, y volvamos á la cristiana, que por otro lado parece tiene sus ta-

chas. En efecto, vos fundáis mucha confianza en los milagros de Jesucristo, y tendríais razón si podríais asegurarnos de que son ciertos: porque los verdaderos milagros no pueden venir más que del poder divino; pero ¿quién puede darnos esta certidumbre?

Los únicos que nos los refieren son sus propios discípulos. Este canal es sospechoso, y debe serlo más cuando sabemos que había libros que combatían ó demuestran estas historias, y que ahora no es posible describirle sombriamente ni vestigio de ninguno de ellos, prueba clara de que se ha tenido el cuidado de suprimirlos y aniquilarlos. Si no, que se nos diga ¿por qué los Evangelios han quedado solos? ¿cómo el tiempo ha podido destruir todo lo que escribió contra ellos y los ha preservado de esta ruina? Es visible que el espíritu de partido sostenía el Evangelio, al mismo tiempo que devoraba todo lo que podía desacreditarle. Desde que el cristianismo se hizo poderoso, no quiso sufrir nada de lo que le podía hacer perjuicio: deshizo, destruyó todo lo que nos podía desengañar; y ahora triunfa de que no lo podemos convencer.

Pero, señor, respondió el padre, esas son mas que conjeturas, y lo peor es que son muy débiles y contrarias á los hechos. Be verdad que los autores que han referido con mas individualidad la historia de Jesucristo son sus apóstoles y evangelistas; pero nadie ha podido jamás dudar de la buena fe, del candor y la sinceridad de estos hombres, que por una parte eran santos, desinteresados y contemporáneos, y por otra murieron por asegurar la verdad de lo que habían escrito.

Añadió que no ha quedado sombra ni vestigio de lo que escribió contra el Evangelio en aquel tiempo, pero está engañado. Leed la apología de san Justino, y en ella hallaréis todos los argumentos del juicio Trifón contra la verificación de las profecías en la persona de Jesucristo; leed á san Ireneo y veréis en él los sistemas y las pruebas de todos los herejes de los tiempos primitivos; leed á Orígenes, y veréis en él cómo copia hoja por hoja y línea por línea todos los discursos de Celso para responderle; y este Celso fué el enemigo mas hábil, mas astuto y mas docto de cuantos tuvieron los cristianos. Todos los argumentos mas espesos, todos los mas ingeniosos y aparentes sofismas que se han hecho hasta ahora contra su fe, fueron inventados por este filósofo: las dificultades que hoy nos repiten los incrédulos, son las que él produjo; y nosotros no necesitamos mas que repetir las mismas respuestas.

Leed también á Tertuliano: la mayor parte de sus escritos es contra los judíos ó contra los herejes de entonces, ó contra los gentiles; y veréis cómo expone todas sus dificultades con sencillez para refutarlas con fuerza. Lo mismo os digo de Minucio Félix, de Arnobio, de Lactancio y de Teófilo de Alejandría. Leed sobre todo á Eusebio de Cesarea, y solo con ochar la vista sobre los dos grandes libros que compuso en favor del cristianismo, observaréis los largos textos de Porfirio, que refiere á la letra. ¿Y qué hombre era este Porfirio? El paganismos no ha tenido un defensor tan vehemente ni tan instruido de nuestras historias; pero la Iglesia no ha tenido conservador la memoria y el texto de sus ataques, á pesar de su astucia y de su fuerza.

Examinad tambien los escritos de san Cirilo, y hallaréis en ellos copias literalmente y con sus propios palabras, las objeciones del emperador Juliano, sin omitir punto ni co-

ma. Abrió á san Agustín, y veréis cómo expone sus combates con la secta de los maniqueos, tan contraria al Evangelio, y que no disminuía ninguno de sus razones y dificultades. ¿Pero para qué me canso? Leed todos los padres de estos primeros siglos, y si no halláis en todos ó casi todos largos pasajes, fuertes y frecuentes objeciones, y algunas veces escritos enteros de los enemigos del cristianismo, no me creáis jamás; y decid qué yo os engañe sin poder.

Pero padre, le dijo yo, ¿cómo es posible que ninguna de estas obras subsista original y en toda su integridad? El me respondió: la razón es muy sencilla. Es porque de ordinario se olvida y no se hace caso de dificultades que quedan respondidas y de cuya defensa después de la muerte del autor nadie se encargó; es porque es natural que nadie se interese por una falsedad reconocida, es porque la Iglesia después de haber vencido á los gentiles, tuvo que combatir á los herejes, y no quedando ya de los primeros, se ocupó solo en la conversión de los segundos; es porque las irrupciones de los bárbaros lo trastornaban todo, y la Iglesia en aquel tiempo de confusión y de horror no cuidaba de conservar sino lo que era precioso; y sería muy injusto pretender que los cristianos respondían de los estragos del tiempo, y mas cuando la suerte de la mentira ó del error es dudar poco, ser despreciado y disiparse como el humo.

Pero es fácil juzgar de estos escritos y de los demás que han podido perderse, por los largos y literales textos que nos han conservado nuestros apologistas. Estos escritos eran sin duda los mas célebres, y más obtuvieron la preferencia para ser respondidos; y es de observar en todos ellos, que ninguno se atrevió á combatir la verdad de la historia; contentáronse solo en imputar los dogmas. Ni Trifón, ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano, ni ninguno otro ha contradicho jamás los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Así nuestros defensores no tuvieron que responder en esta parte, y supusieron siempre la verdad de estos hechos. ¿Pero cómo podrían atreverse á desmentirlos, si eran públicos y notorios, si la una parte estaba depositada en los registros públicos, y la otra era conocida y certificada por todos los pueblos?

Yo no veo documento que pruebe que alguno se atreviese entonces á contradecir la verdad de una historia tan pública; pero si alguno se atrevió, es preciso confesar que la contradicción muy mal, pues no pudo detener el celo de los mártires, que cada día se redoblaba, ni el progreso con que la Iglesia añadía nuevas conquistas á Jesucristo, hasta obligar á los sabios, príncipes y soberanos, á humillarse á los pies de la cruz.

Aquí volví yo á decir: Vos hacéis, padre, mucho ruido con los milagros de Jesucristo, como si fuera el único que los hubiera hecho; pero consultad la historia y hallaréis milagros en todos los tiempos. Para no perdernos en los muchos ejemplos, fijémoslos solo en Apolonio de Thyates, y observad de paso, que vuestra historia no puede contener prodigio ni milagro que no encuentre tambien la del segundo. Si Jesucristo nació rodeado de prodigios que distinguieron su nacimiento, Apolonio obtuvo la misma distinción; si aquel curaba los enfermos, este hacía lo mismo; si el primero resucitaba los muertos, á la voz del segundo se abrían los sepulchros; y si Jesucristo resucitó, Apolonio renegó el mismo prodigio.

Las virtudes y milagros de Jesucristo no lo acarrearon tantos discípulos como á Apolonio: su número era infinitamente mayor, y su gloria, mas resplandeciente, llenó mas extendida parte de la tierra. En Antioquia, Babilonia, Atenas, Nínive, Ereso y Laodocenia, en el Egipto, la Fenicia y Roma, en España y hasta en las Indias, su nombre era glorioso y su persona fué adorada. Si Jesucristo tiene altares, Apolonio tuvo tambien templos, sacerdotes y culto; y hasta los emperadores le adoraron; si Jesucristo resucitado habló con sus discípulos, Apolonio tambien después de muerto habló con Aureliano, y le detuvo cuando ya iba á destruir la ciudad de Thyatira.

Si Jesucristo ha profetizado lo futuro, Apolonio lo predijo tambien; y sus predicciones fueron justificadas por los sucesos: en fin, vos no me contraréis prodigio ni maravilla de Jesucristo que yo no os pueda contar otra igual, ó tal vez superior, de Apolonio. Y si vos os jactáis de la seguridad y certeza de vuestra historia, yo os diré lo mismo de la mía; pues todos sus hechos están referidos por autores graves, los unos testigos oculares, los otros contemporáneos, todos sinceros, unánimes y desinteresados. En fin, ni la historia de Jesucristo puede ser mas auténtica, ni sus milagros son mas estupendos, mas públicos ni mas extraordinarios; y yo os dejo sacar la consecuencia para que conozcáis la debilidad de vuestra prueba.

Pero si los milagros de Apolonio son falsos, á pesar de tantos historiadores y testigos contemporáneos y públicos, los de Jesucristo, que no tienen mas apoyo, podrán ser tambien falsos; y si son verdaderos, os diré que por los milagros de Apolonio no prueban su doctrina, los de Jesucristo no deben probar la suya. No habiendo diferencia en los hechos y los motivos, no debe haberla en los efectos.

Si decís que el cielo se declaró por el Dios de los cristianos, yo os responderé que tambien se declaró por el de Apolonio, pues le dió su fuerza para tantos prodigios y tan sobrenaturales. Si me decís que las maravillas de Apolonio eran efectos de la magia, que eran prestigios ó imitaciones falsas, acusáis á la Providencia y transformáis á Dios en un seductor que presta su auxilio para engañar á los hombres y perder á sus propios hijos; consecuencia horrible y que escandaliza á una alma religiosa.

Reconoced cuán poco segura es la prueba que queréis sacar de los milagros de Jesucristo en favor de la religion cristiana; porque ó Apolonio será Dios como Jesús, ó si la historia del primero es fabulosa á pesar de la fe de la historia, ¿por qué no lo será la de Jesucristo, que no tiene ni otros ni mejores apoyos? El padre me escuchó con mucha paciencia, y cuando acabé me dijo: Yo no pensaba, señor, que quisierais hacer una objecion seria contra lo que tan sagro y evidente, con una historia fabulosa, padecerá de los artificios de Apolonio? Yo no lo sé; pero lo puedo preguntar: si queréis que os crea, debéis probarme que no os queréis hacerme con nuestras memorias que aquellas no están alteradas ni ha sido posible que lo fuesen.

Do Danis pasemos ahora á Máximo y Merigene. ¿Pero qué confianza puedo tener en ellos, cuando en el mismo Filóstrato dice positivamente que no se puede fiar en la fe del segundo, y cuando por el testimonio de Eusebio sabemos que Máximo solo hizo una rapsodia ó noticia infame

de Filóstrato, que fué el primero que los escribió, y que lejos de ser contemporáneo de Apolonio, no los escribió sino cien años después.

Así, no pudo ver nada de lo que escribió, y solo pudo repetir los rumores populares, siempre infieles, y mas favorables á la exageración que á la verdad. Ve aquí toda la autoridad de estos prodigios: y se podrá ella comparar con la nuestra? los cristianos, á quienes acusan de ser tan crédulos, nos apoyamos en fundamentos tan ligeros? Nuestra, señor, no nos fiamos en rumores populares ni nos contentamos con un historiador que escribió tan lejos de los sucesos, sino que predichimos hechos que fueron testigos oculares y que escribieron (1): "Nosotros decimos lo que hemos visto," historiadores, en fin, que nadie ha demetido, y que sin haberse concertado, están concordes en todo lo sustancial. Para poder pues,...

Aquí le interrumpí diciendo: Me parece, padre, que en este punto no veo en vos la buena fe que he visto en los otros; pues aunque es cierto que Filóstrato fué el primero que escribió la vida de Apolonio, y después de cien años, tambien lo es que no la escribió repitiendo solo los rumores populares, sino sobre las memorias fieles y secretas de Máximo y Merigene; y mas particularmente sobre la del asiático Danis, que fué el compañero inseparable de Apolonio. Ve aquí pues discípulos testigos y contemporáneos; Filóstrato los produce como garantes de la verdad de sus discursos; y debéis confesar que su historia no está menos apoyada que la de Jesucristo.

Ya iba, señor, á hablar de esto cuando me habéis interrumpido; pero vedadme á ello os diré, que estos autores no son mas dignos de fe que Filóstrato. ¿Qué dice este? Que estas memorias habian estado secretas. ¿Y por qué qué motivo podía haber para este secreto? La vida de un hombre tan famoso, que habia captado la veneración de los pueblos, no era vergonzoso escribirla ni habia peligro en publicarla; se tenía, pues, que fuese demetida por los contemporáneos y testigos. ¿Y qué hizo este Danis, este compañero inseparable de Apolonio? Se las dió á un amigo, el cual las pasó á Julia, mujer de Severo, y de la mano de esta emperatriz pasaron á las de Filóstrato.

Esta es la genealogía ó sucesion de estas memorias. ¿Pero quién me asegura que Danis era sincero? ¿que era santo y hacia milagros como los Apóstoles? ¿que dió su vida por certificar la verdad de aquellos hechos? Supongamos, no obstante, que lo fuese. ¿Quién me asegura de la fidelidad y exactitud de este tercero, de este amigo oculto que nadie conoce y que ni siquiera se sabe su nombre? ¿Este *quidam* no ha podido quitar ó añadir en un escrito lo que era el único depositario? ¿Será el primer impostor en el mundo? ¿no ha podido ser cómplice ó exagrador de los artificios de Apolonio? Yo no lo sé; pero lo puedo sospechar: si queréis que os crea, debéis probarme que no os queréis hacerme con nuestras memorias que aquellas no están alteradas ni ha sido posible que lo fuesen.

Do Danis pasemos ahora á Máximo y Merigene. ¿Pero qué confianza puedo tener en ellos, cuando en el mismo Filóstrato dice positivamente que no se puede fiar en la fe del segundo, y cuando por el testimonio de Eusebio sabemos que Máximo solo hizo una rapsodia ó noticia infame

(1) 1, *Jaqum*, l. 1, 2 et 3.

y diminuta de algunas particularidades de Apolonia? Ciertamente autores de esta clase no merecen crédito en asuntos tan extraordinarios. Y Filóstrato, estando á su mismo testimonio, no tenía... ¿Pues qué, padre, imaginaria que Filóstrato fingiese tantas y tan grandes aventuras solo por el gusto de fingirlas? ¿qué motivo se le puede suponer para acreditadas y dar tantas alabanzas á Apolonia, sino el de la verdad?

Primeramente, señor, respondió el padre, Filóstrato no ha hecho nada, ni la historia me la pinta de tal manera que capte mi veneración y me obligue á darle crédito, sobre todo cuando me cuenta cosas tan increíbles. Esta sola razón me basta para no fiarme en su autoridad; pero si quiere escribirme los motivos que ha podido tener para acreditar estas fábulas, los hallaré visibles en la historia. Filóstrato quería ganar la estimación de la emperatriz Julia y el favor de su marido Caracalla; era notorio que uno y otro gustaban de todo lo que parecía prodigioso, y que se divertían en oírlo; era conocido el respeto y veneración que tenía Caracalla á Apolonia, y que hablaba de este hombre con entusiasmo, hasta levantar monumentos á su gloria, como se hacía á los héroes y hombres grandes: Dion con otros muchos lo dice, y su testimonio es decisivo.

Por otra parte, Julia era vana, ambiciosa de la reputación de entendida, y curiosa de novedades; siempre estaba rodeada de poetas, sofistas, gramáticos, hasta géometras: Filóstrato era uno de estos sofistas que componían su corte y recibía de ella las memorias que le había dado el amigo de Damis, y es natural que las ordenase, añadiendo los rumores populares para conformarse al gusto de la emperatriz. Los hombres aunque sean filósofos son de ordinario cómplices del gusto y de las flaquezas de los príncipes, porque es mas cómodo y seguro lisonjearlos que desagraviarlos.

Esta conjetura adquiere mucha fuerza cuando se lee su obra, pues se ve en ella, fuera de una adulación servil, mucha vana ostentación: en toda ella se descubre una afec-

CARTA VII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo querido: Yo aquí cómo el padre continúa la conversación del día anterior. Vos decís que Apolonia hizo mas y mayores milagros que Jesucristo. Examinemos lo que refiere su único historiador, y empecemos por su nacimiento. Su madre estando en cinta supo de Protho, que se le apareció en figura de un dios marino, que él mismo naciera de ella; y al mismo instante vio cines, cuyo canto anunciaba la gloria del futuro hijo que debía parir.

Filóstrato refiere este cuento, bueno para arrullar los niños, sin otra autoridad ni prueba sino que así lo decía su madre: era ella sin duda oráculo infalible... ¿Pues qué, señor, de los cristianos si no presentaron mas que fundamentos de esta especie? Considerad la diferencia de este nacimiento al de Jesús. Si decimos que los espíritus

estaban ridícula de mostrar sin motivo ni oportunidad erudición y saber, negando su objeto entre digresiones que le pierden de vista, y que no tienen mas blanco que mostrar la ciencia del autor.

¿De qué sirven aquellas sus largas y fastidiosas disquisiciones sobre las panteras de Armenia, los elefantes, los sátiros, y hasta sobre la naturaleza del finis? ¿á qué conducen sino á mostrar una instrucción frívola aquellas fastidiosas relaciones de los pigmeos que habitaban en los subterráneos, de los vasos fabulosos, y que cómo los autómatas andan como si tuvieran piés, de los montes Tauro y Cáucaso, de los ríos Hipalsis, Nilo y Pactolo, y en especial de la fuente de Thyanea?

¿De qué utilidad podían ser, ni qué conexión tenían con su objeto tantas cuestiones frívolas que agita, discurriendo hasta no poder mas, y tratando con seriedad cuestiones pueriles, como si la tierra es mas antigua que los árboles ó estos mas que la tierra, si el agua ó el vino disponen mejor al sueño, y otras tantas bobberías de esta especie? Todo esto junto da una idea del poco juicio del autor, de su frivolidad y del poco crédito que merece; que dais alguna importancia á su relación, cuando señor, esto solo bastaría para despreciarle; pero como veo, señor, que dais alguna importancia á la que publicaron los discípulos de Jesucristo.

Vos decís... Estando en esto sonó la campana, y el padre levantándose me dijo Señor, nos llaman al coro; pero si me dais licencia, mañana renovaremos esta conversación. Yo le aseguré que lo desaba, y con esto se fué. Te confieso que quedé avergonzado de ver que hasta allí no había podido embarazar con nada á aquel buen hombre, que con voz suave y con su modesta blandura sabía desembarazarse de todo; pero me recogí para traer á la memoria otras nuevas dificultades que pudieran darle mas trabajo. En mi primera te contaré mis nuevos esfuerzos y sus resultados. Adios, Teodoro.

estelles le anunciaron, contamos un hecho que fué público y certificado por los mismos pastores que lo oyeron y observaron; que en toda nuestra historia no hay un hecho que no tenga á la mano la prueba que le acredita; en lugar que Filóstrato cuenta una cosa tan extraordinaria sin citar autor ni producir testigo. En esta ocasión ni siquiera tiene á su favor á Damis, pues este no dice una palabra. ¿Cómo pues es posible comparar el nacimiento de Jesucristo con el de Apolonia?

Filóstrato dice que Apolonia á su vuelta de Indias, curaba todas las enfermedades. Yo desconozco desde luego de todas estas aserciones indeterminadas y vagas, y después le preguntaré: ¿de dónde lo sabeis quien se lo ha dicho? ¿qué autor? ¿qué testigo cita para justificarlo, si las

curas son tantas? si debe haber tantos testigos, ¿por qué no las refiere? ¿cómo el universo las ha ignorado tanto tiempo? Pero aun cuando muchas fueran ciertas, ¿por qué no podrán ser naturales? ¿No hay un arte, una ciencia médica, un conocimiento y experiencia de remedios que pueden contribuir al recobro de la salud? Apolonia en sus muchos viajes ¿no pudo aprender secretos útiles y curiosos? En su larga reclusión en el templo de Escalopio de Ejes, ¿no pudo instruirse en los medicamentos de que se servían los sacerdotes de aquel ídolo para curar la tropa de enfermos que conducía allí la superstición?

Para probar que estas curas eran milagrosas, era preciso que nos indicase las enfermedades, probando que eran incurables y que sin aplicación de medicina ni otro medio se lo que han hecho los discípulos de Jesús, esto es lo que ni los judíos ni los gentiles han podido negar. Eso es verdad, dije yo, pero no podría negar que el hombre que resuscita un muerto, anuncia realmente un carácter de divinidad y poder sobrenatural que quita toda duda. Y esto es lo que hizo Apolonia, sin que pueda quedar réplica; pues se asegura que el hecho fué público y que Roma entera le vió con sus ojos. A lo menos en cuanto á este milagro, me confesaréis que la comparación es exacta.

Si, respondió el padre, si estuviera probado; pero examinad la historia, que no tiene otro fador que Filóstrato, y lo que es mas, que ni él mismo lo asegura, y si quisierais, consiento en que tomenos por juez al mismo Filóstrato. Dice que Apolonia resucitó á una doncella que era hija de una casa consular; pero observad el modo y la variedad con que cuentan las circunstancias, y veréis que él mismo lo creía.

Empezar por la admiración y por levantar hasta las nubes el milagro; pero poco á poco nada de estilo y el diminutivo. Al principio le llama sin titubear resurrección; pero después baja el tono, y como embarazado y vacilando, se desmiente y dice que no es mas que una especie de resurrección. Explica que la doncella romana no estaba muerta, sino que lo parecía, *obscure sceleratur*, dando á entender que una indisposición la había suspendido los actos y las señales de vida, y que Apolonia se aprovechó del feliz acaso de esta circunstancia.

Esto se acredita con evidencia por sus mismas palabras: *Puellam excitavit ex hac morte, qua videbatur obisse*; y aun parece mas claro por las últimas con que concluye preguntando: ¿Quedaba todavía en aquella masa fria y alterada alguna centella y algun principio del sentimiento que estaba enterpeído, ó Apolonia volvió á animar espíritus que ya estaban helados? No lo sé ni lo comprendo, como no lo pudieren comprender los mismos que lo vieron.

A vista de estas literales palabras, yo os dejo juzgar, señor, si Filóstrato creía verdaderamente este milagro? ¿si estas dudas, si estas expresiones vacilantes y tímidas son propias de un hombre que está del todo persuadido? Es verdad que al principio dice redondamente que la doncella estaba muerta, porque esto era necesario para engrandecer la gloria de su héroe; pero poco después, ó por un resto de pudor, ó por el temor justo de que se burlasen de su credulidad, empieza á titubear, quiere explicar el prodigio, y explicándole le destruye.

¿Qué diferencia de esta resurrección única contada por un solo autor, y tan mal contada, á tantas resurrecciones acombrosas de que la historia evangélica conserva la memoria! La hija de Jayro tenía ya preparada la pompa fúnebre, el hijo de la viuda de Naim ya iba conducido á la sepultura de sus padres, ninguna centella de vida les quedaba, y con todo, Jesús sin hacer otra cosa que tomar la mano á la vida y á la salud. Lázaro estaba ya enterrado después de cuatro días; no solo estaba muerto, sino corrompido: Jesús le llama, y sale inmediatamente del sepulcro embarazado con los ligaduras de su mortaja; un gran pueblo es testigo del milagro, que confiesa hasta nuestros enemigos, pues fué una de las causas porque apresuraron su muerte.

Ve aquí resurrecciones ciertas, patentes y milagrosas; y si la de Apolonia no fuera fabulosa, hubiera pasado hasta nosotros con el mismo carácter de seguridad; pues como observa Eusebio, el emperador «este milagro en Roma, la primera ciudad del mundo, el emperador no podía ignorar, lo grandes, los filósofos y el pueblo debían saberlo, todos le hubieran admirado, y hubiera pasado por muchas bocas á la posteridad.

Un hombre que hubiera dado tal alto testimonio de divino, no hubiera sido tenido por los mismos paganos por un mágico infame, y sabemos que esta era su reputación entre los filósofos mas instruidos. Plinio el menor nos dice que su amigo Eufrate, á quien celebra y elogia sobre manera, lo tenía por tal. Condeno que me caesta rubor responder seriamente á fábulas tan despreciables.

Pero padre (lo volví á decir), ¿no es verdad que Apolonia tuvo un grande número de discípulos y partidarios que le seguían, y que todos los pueblos por donde pasaba le miraban con un respeto que se acercaba á la adoración? Si esto es cierto, me parece por un lado que es injusto tratarle con tanto desprecio; que sin un mérito extraordinario no se obtiene tanto aplauso; y por otra parte veo que los discípulos y el séquito de Jesucristo no proban nada, pues un impostor tambien los ha tenido.

Señor, me respondió, nada de eso es verdad. Nosotros no conocemos á Apolonia sino por Filóstrato: ¿y qué es lo que este dice? Que en Antioquia y Efeso no se lo conocieron mas que seis ó siete discípulos, y que no todos fueron fieles; que todos le abandonaron cuando les propuso ir con él á las Indias á buscar los brachmanes; que partió solo de Antioquia, y que después solo se le agregó Damis, á quien encontró en el camino por acaso.

Añade que cuando desde Egipto se propuso penetrar en Etiopia, todos los suyos le abandonaron, prefiriendo el reposo y quietud de Alejandría á los incómodos viajes de un maestro tan inquieto y vagabundo. No se concibe cómo cuando no hay otras memorias que las de este hombre, se le haya podido dar una estimación que descansa en propia historia. Por otra parte, cuando hubiera tenido muchos seguidores y discípulos, ¿cómo es posible compararlos con los de Jesucristo? Esto no es solo mientras vivió no se separaron nunca de su maestro, sino que después de su muerte sufrieron los mayores emboscios por su gloria, y lo que es mas y único, le formaron otros muchos nuevos en todo el mundo, en vez de que los de Apolonia eran una tropa de ociosos, que le seguían por la curiosidad, que no se ocupa-

tan en extender ni su moral ni sus dogmas, y que se dispersaron y desaparecieron al instante que nació.

Con todo, repliqué, se dice que en muchos reinos y ciudades se le erigieron estatuas, y aun se le consagraron altares y templos, como supuso mucha veneración. Lo que supone es, respondió el padre, que se ha podido alucinar á los pueblos ignorantes y supersticiosos. Esto nunca ha sido difícil: ved si la credulidad de los pueblos groseros os parece bastante suficiente para obligaros á respetar lo que respetan ellos.

Pero se dice, volví á replicar, que predijo muchas veces lo venidero, y esto no es posible hacerlo sin la asistencia del cielo. Es verdad, respondió el padre; pero para que lo creyéramos no basta que se nos diga vagamente; era menester que se nos individualizasen las profecías y que se nos cerrase la boca con los sucesos que las verificasen. Si esto es basta, lo dijo de nuevo, Filóstrato refiere que Vespasiano habiendo consultado á Apolonio, se quedó admirado de los secretos que le reveló; que Apolonio convenció á un incestuoso descubriendo su delito y circunstancias; que ningún indio ni testigo le podían descubrir, y en fin, que predijo á Nerva el imperio que obtuvo poco después: si estos hechos son ciertos, me parece que deben contentaros.

Cuando fueran ciertos, señor, respondió el padre, me parece que sería ridículo llamarlos predicciones. Es posible que Vespasiano consultase á Apolonio, pues es cierto que se encontraron en el alto Egipto el año de 69, pero cuando fuera verdad que le aconsejase guardar el imperio que Dios y Eufrate le aconsejaba abandonar después de la derrota del imperio para restablecer la república, ¿este consejo de confianza y política se puede llamar profecía? Cuando Apolonio hubiera descubierto los secretos y horrores ocultos de Menipo, ¿puedo obligarlo á creer que fué por una luz sobrenatural? ¿no pudo serlo por un seno ó un aviso? ¿quién ignora que la suerte de los delitos es que al fin se le quite la máscara con que se cubren?

Cuando hubiera predicho á Nerva el imperio, una adulación tan común y tan vil, ¿puedo excitaba un vasallo á la rebelión, ¿me lo hará venerar como profeta? Lo que me excita es desprecio y horror; pero Apolonio no era delicado sobre la fidelidad que se debe al príncipe, pues ya habia anotado una parte de España contra Nerón; y es burlarse de la credulidad humana el dar á estos hechos nombre de profecías. Vos rebajais mucho, padre, le dije yo, á un hombre que toda la antigüedad veneró como divino. Yo no le he pintado, señor, me respondió, sino con los colores de la historia, y si alguno quisiera una parte del pueblo, los hombres sabios de todos los tiempos lo han figurado como yo. Eufrate, tan conocido por los dogmas de Epicteto y de Plinio el menor; Eusebio, san Agustín, san Crisóstomo, Fosio y Suidas han dicho lo mismo; y en nuestros tiempos Scalligero, Vossio, Luis Vives, Casaubono Haet, Tillemont, Dupin con otros muchos le tratan de impostor, y á sus prodigios de ilusiones y engaños. Me parece que esta antipatía pesa más que la de Filóstrato, cuyos escritos manifestaban mas vanidad que juicio, mas ostentación que amor á la verdad, y que á cada paso se contradice.

Pero dejando aparte los autores, yo os interpele á vos mismo: ¿qué juicio podéis hacer de un hombre que se jactaba de entender el lenguaje de los pájaros? Nadie le podía desmentir y todos podían decir lo mismo. No obstante,

este hombre que entendía los pájaros, no entendía á los hombres; pues en las Indias tuvo necesidad de intérprete. Este hombre está lleno de una vanidad tan insensata, que habiéndole mostrado un retrato del rey de los partos para que se inclinara según costumbre, respondió sin hacerlo. El que vosotros adorais será muy dichoso si merece que yo le estime.

El mismo se apellidaba el mas sabio de los hombres, y dijo á Demetrio el Cínico con una coadía sin ejemplo, que sabía todo lo que se podía saber. La arrogancia no pueda ser mayor; y con todo, este hombre que sabía tanto, ni entonces dió pruebas de tanto saber, ni nos ha dejado el menor monumento de su grande ciencia; y ya podéis inferir que no ha sido por modestia.

Su doctrina ó no es conocida, ó no tenía ninguna: lo único que sabemos es que creía en la metempsicosis ó trasmigración pitagórica; y que pretendió en Egipto que debía adorar al leon porque el alma del rey Amasis habia entrado en uno: esto solo basta para dar una idea de su ignorancia absurda. Por otra parte, esta veneración pública no es tan general como se supone: pues es constante que en el cuarto siglo no solo no tenía templo ni altar, pero hasta su nombre estaba olvidado. Eusebio, que escribía en aquel tiempo, desafió á que se le indicase el menor vestigio ó señal de su memoria. ¿Y un hombre de esta especie se quiere comparar á Jesucristo? y se pretende confundir la superstición pesetera y abollida de un culto grosero, con la grandiosidad del Evangelio, cada día aumentada y siempre subsistente?

A esto le dije yo: Confieso, padre, que tenéis razón; que lo que no creo la posibilidad de los milagros, no podía creer los de Apolonio; y si os he hablado de ellos y de todo lo extraordinario que se cuenta de él, no es porque estáis persuadido, sino para haceros ver que si la antigüedad le ha creído un Dios, tambien los cristianos lo pueden con el mismo error creer de Jesucristo; que si los milagros y demás hechos de Apolonio son falsos, tambien los de Jesucristo pueden serlo.

Esta era mi intención; pero vos me habeis desengañado. Desmenuzando la historia, me habeis hecho conocer la diferencia del uno al otro, y confieso que no deben entrar en paralelo; pero esto no basta para resolver todas las dificultades si vovemos á entrar en el fondo de la cuestion; y ve aquí cómo discurro. Os pido antes toda nuestra atencion, porque me parece que no es fácil responder bien al raciocinio que voy á proponeros.

Desde luego no hablo mas de Apolonio, y confieso que merece desprecio: confieso tambien que la historia del Evangelio está apoyada en fundamentos mas sólidos; y para hacer mejor mi causa, quiero confesarse que tiens á su favor todas las reglas de la sana crítica y que tras consigo todo el carácter que la razon puede exigir de la verdad, confesarse tambien si queréis, que es tan auténtico, como los anales profanos que se tienen como mas auténticos; y que la historia de los siglos no tiene hechos mas ciertos, mas seguros y mas probados que los del Evangelio; me parece que no podéis pedir mas de mí.

Pues bien, padre; yo que quiero confesarse todo esto para que venis cuán mala es vuestra causa á pesar de tanta condescendencia, digo: que aunque á las pruebas que os confieso añadírais millares de otras mucho mas fuertes,

yo no pudiera creer en aquel libro... Os espantais; pero tened paciencia, porque mi razon es clara y simple: es porque aquel libro contiene dogmas injustos, bárbaros, absurdos y contradictorios, con que se aniquina mi juicio y se desespera mi razon.

Yo desfilo al cristiano mas sumiso, y á vos mismo, padre, que os vereis obligado á confesarme que el simbolo de vuestra creencia es un absurdo insensable. ¿Quién que tenga la debida idea de Dios puede sin alterar escuchar aquel dogma de que se castiga en toda su posteridad el delito de un hombre solo? ¿quién puede creer que un Dios padre y madre! ¿quién es capaz de entender cómo el Verbo fué enteramente engendrado por el Padre? ¿y qué cosa es el Espíritu Santo, que procede de ambos? y en fin, esta unidad de naturaleza indivisible entre tres personas? Estos no son discursos, sino alegarías; con este agregado de palabras tan inexplicables como visiblemente contradictorias, se puede alucinar á los espíritus simples y crédulos y conducirlos á todos los extremos de la demencia. Y esto no es mas que una parte de vuestro simbolo; ¿adónde no pudiera llegar si le corriera todo!

Pero esto sobra para demostrar que todas las pruebas humanas que se pudieran alegar en favor del Evangelio, no serian bastantes para persuadir su verdad, por un principio de eterna evidencia, y es que todas esas pruebas no bastan á contrapesar, y menos á superar la palpable contradicción que contienen los misterios.

Todos los hombres que no tienen el juicio pervertido, conocen que en cualquier caso de duda se debe preferir lo que es mas claro y evidente á lo que es mas oscuro, y que su razon no debe ceder sino al mayor grado de evidencia; que sin esta luz no puede estar seguro de nada, y se expone á todos los errores: este principio es tan innato como universal. Vos no me lo podéis negar, y supuesta su certeza, ve aquí lo que os digo: es infinitamente mas evidente que los dogmas cristianos son falsos que pueden ser evidentes las pruebas que se alegan para probarlos: su verdad; tampoco me podéis negar esto. Consultad todos los cristianos mas sumisos, consultaos á vos mismo, y no podéis dejar de confesarme que veis claramente que es mas imposible, por ejemplo, que un Dios muera, que que no Lázaro haya resucitado.

Siendo así, vos añadiréis á la certidumbre histórica de este milagro, todas y tan evidentes pruebas como quisierais, yo os diré siempre que sea lo que fuere de Lázaro, yo no puedo creer la muerte de un Dios; que tantos testimonios me hacen mucha fuerza en favor de lo primero, pero que me la hacen incomparablemente mayor mis propias luces, manifestándome la imposibilidad del dogma; las pruebas no son tan mas que una certidumbre moral, pero que la oscuridad de los misterios me presenta una repugnancia intrínseca: que si me apurais mucho, padre, dudaría de las pruebas á pesar de toda su fuerza y su número; pero que jamás me será posible dudar de mi propia convicción.

Y podré añadir, que para asegurarme de las pruebas necesario subir hasta su origen, hasta el nacimiento de la tradicion, seguirla, espirla, examinar el interés y el carácter de los autores, las circunstancias siempre inciertas y oscuras de los tiempos, lugares y costumbres; que tambien me es necesario discernir lo verdadero de lo falso, lo que

es auténtico de lo que es popular, pesar la autoridad del que afirma contra el que niega y haceros juez en materias difíciles y oscuras, poniendo aparte la influencia de mi educación y precauciones de toda seducción: todo esto es muy difícil, y no hay hombre, por instruido que sea, que se desespere á superar tantas dificultades.

Pero en cuanto á reconocer la contradicción y la repugnancia de los misterios, no es menester nada de esto. Sin ningun esfuerzo ni estudio su razon basta para hacerle ver desde luego la incompatibilidad de sus nociones, y á la primera vista ve lo que no puede dejar de ver. En fin, cuando quiere cavilarse y creer, conoce que confunde dos sus ideas, que trastorna todos los principios naturales, y que abandonando la evidencia, que es el carácter de la verdad, se entrega á todos los absurdos mas repugnantes y contradictorios; y de aquí infero que lejos de que pueda haber pruebas que convengan la verdad del Evangelio, sus dogmas solos bastan para no poder admitir ninguna de ellas.

El padre me respondió: Yo conozo, señor, toda la fuerza de vuestras reflexiones; pero me parece que mirándolas de buena luz no es difícil conveniros. Los misterios del Evangelio os parecen tan absurdos, que todas las pruebas mas evidentes de milagros ciertos y notorios no os pueden persuadir su verdad.

Este raciocinio se supone un poco al del orgulloso Rousseau en su libro del Emílio. En él trata de Jesucristo, admira sus virtudes, se asombra de su doctrina, no comprende como un simple judío en medio de una nacion tan ignorante y supersticiosa, pudiese descubrir y predicar tantas verdades, tan nuevas y tan elevadas; asegura que en solo su primer sermón de las bienaventuranzas dijo mas verdades reconóidas y sublimes, que cuantas han dicho los filósofos de todos los siglos, y no puede atribuir sino á una fuerza sobrenatural y divina haber hecho brillar tanta luz en medio de la oscuridad.

Después compara á Jesucristo con Sócrates, y el mismo se avergüenza del paralelo. Examinando las circunstancias de ambos, concluye diciendo: que si la vida y la muerte del hijo de Sofonisba son de un sabio, la vida y la muerte del hijo de María son de un Dios. Parece que después de esta conclusion no queda mas que rendirse y decir: si Jesucristo es Dios, es menester adorarle y creer cuanto nos dice el Evangelio; pero este filósofo no lo hace así; al contrario, termina su discurso diciendo: Esto es verdad; pero ¿cuántos absurdos hay en el Evangelio! y no le encuentra digno de su respeto y creencia.

Ve aquí, pues, un ejemplo práctico de lo que decís. Rousseau habia llegado á conveniros por las acciones, los milagros, la doctrina, la vida y la muerte de Jesucristo, que era Dios, y con todo, no cree lo que ha dicho, ni tiene la religion cristiana por necesaria é indispensable, porque le parece que en el Evangelio hay muchos absurdos. Pero no se hubiera podido decir á este sofista muy elocente pero tambien consecuente y paradójico: ¿cómo, mortal milagros, reconoces que Jesucristo es tu Dios, si te ves forzado á reconocerlo por las pruebas que lo acreditan, si no das que el Evangelio es obra suya, que lo que contiene es su doctrina, y tú la desprecias, que lo que contiene obedeces, porque te parece que hay en ella absurdos? ¿Y quién eres tú para juzgar á tu Dios! ¿cómo cuan-

do tu Dios habla, te atreves tú no solo á dudar, sino á contradecir? ¿cómo seas calificar de absurdo lo que confiesas que es divino? ¿y por qué te parece absurdo? ¿quién es quien decide? Tu débil razon, que ha caído en tantos errores, que te ha precipitado en tantos extravíos, tú que sabes que te has engañado, tantas veces y en tantas cosas, ¿cómo no piensas que puedes engañarte en esta? ¿cómo no imaginas que lo que te parece absurdo puede sobrepasar tu limitada comprensión? ¿tu inteligencia es el término de la verdad? ¿tu razon es mas segura que la palabra de Dios? Entra en tí, hombre orgulloso, y pues has reconocido que Jesucristo es Dios, adora y obedece cuanto ha dicho. Me parece que se pudiera repetir lo mismo al hombre que sueña, y que después de quedar convencido por las pruebas de los milagros, dejara de creer la doctrina que sostiene y confirmara, fiándose solo en la mayor evidencia de las contradicciones aparentes.

Pero no me contentaré con esta respuesta. Voy á desentrañar todas las partes de vuestro raciocinio, y espero haceros ver hasta la última evidencia, que todo él no es mas que un agredo de sofismas. Primer sofisma: Vos decís que la religion cristiana no puede ser verdadera porque sus dogmas son mas evidentemente absurdos que pueden ser ciertos los hechos en que se funda y que se debe preferir lo mas evidente á lo que es menos. Yo digo que este principio es cierto cuando los objetos son del mismo orden y género, pero no cuando son de orden diferente. Añado que es imposible comparar evidencias entre cosas que son de distinta especie y naturaleza.

Veid aquí por qué vuestro principio no puede tener aplicación en este caso. Yo hablo de los hechos y de los dogmas de los misterios ó de los dogmas. Estos son por su naturaleza oscuros; no tenemos en este estado de vida órganos proporcionados para entenderlos, y así no puede estar sobre ellos la evidencia; pero sí puede y es en efecto sobre los hechos, como los milagros y otras cosas positivas de este género.

Así, veid que vuestro raciocinio lo confundiendo todo y viendo las reglas mas sencillas de la lógica. Pues cuando yo os hablo de la evidencia de los hechos, me respondecis con la oscuridad de los dogmas, y queréis comparar la evidencia de los primeros con la de los segundos, no siendo posible hacer una justa comparacion entre estas dos tan diferentes especies de evidencia.

Segundo sofisma: Vos suponéis que la evidencia de la contradiccion de los dogmas es mayor que la de la verdad de las pruebas. Yo voy á probaros que todas las evidencias son iguales, y que no puede haber una mayor que otra, sobre todo entre objetos de orden diferente. Porque ¿qué es evidencia? Es la percepcion ó el conocimiento claro y distinto de que una cosa es tal y que es imposible engañarse viéndola. Por ejemplo, me es evidente que el todo es mayor que su parte, que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales, que en un círculo las líneas rectas que salen del centro á la circunferencia deben ser iguales entre sí; y por qué? Porque desde que entiendo la significacion de las palabras que anuncian estas proposiciones, me es imposible no reconocer su verdad.

Del mismo modo me es evidente que san Fernando conquistó á Sevilla, que Felipe V vino á España, y que ahora diez años yo existo; y por qué? Porque tengo de

todos estos hechos una conviccion tan clara, tan fuerte, tan segura y luminosa, que cuando yo viera los mayores esfuerzos para ocultarme su evidencia, no me fuera posible dudarlos un instante.

Ve aquí dos evidencias de un orden diferente: ¿quién os atreverá á decir que la una es mayor que la otra sin trastornar los principios mas simples de la verdad? Desde que una cosa es evidente, tiene ya toda la claridad, toda la precision y toda la luz que puede tener en su orden: si la faltara alguna cosa, dejaria de serlo, y si pudiera aumentarse no era todo lo que debía ser. Así no es posible medir las evidencias, menos compararlas, y es un error pretender que supueste que una lo sea, pueda ser mayor ó menor que otra.

Si alguno me viniere á decir que tal círculo geométrico es menos círculo que otro de la misma especie, yo le preguntaría: ¿los puntos de la circunferencia de este círculo de que hablais, están igualmente distantes de su centro, ó lo están desigualmente? Si me responde que con su distancia es desigual, yo le diría: ¡pues cómo lo llamais círculo! ¿no veis que la falta la propiedad mas esencial? Si me responde que su distancia es igual, entonces le diré: ¿cómo podéis decir que es menos círculo, pues tiene el mismo carácter y las mismas propiedades que el otro? Esto es tambien lo que responderé al que me diga que una evidencia....

¿Pero qué, le interrumpi, una verdad no puede hacer mas impresion, ó no puede ser mejor ó mas claramente percibida que se me puede presentar con mas claridad una evidencia que otra? Si, señor, me respondí; pero esto no depende de ellas, sino de la disposicion de vuestro espíritu, y desde que no veis un objeto con toda la claridad de su evidencia es seguro que no la tenéis.

Con todo, padre, le volví á decir, me parece que la evidencia es mas clara cuando se ve apoyada con muchas y diferentes pruebas, que cuando no tiene mas que una sola demostracion. Es imposible que no se sometiera así al imperio de la verdad el que la ve en todos los puntos del objeto, que aquel que solo la percibe en la fuerza de un raciocinio. Y si no, ¡pues qué vos mismo me dais tantas razones para probarme la verdad de los hechos del Evangelio, sino porque reconociais que la evidencia tiene sus grados y que una prueba puede persuadir lo que no han podido otras!

No señor, me respondí; supuesta la evidencia, el número de pruebas no añade nada. Desde que mi razon ve la verdad con la luz de una demostracion, ya llegó á mas alto punto de claridad á que pudo llegar, ya no tiene á dónde subir. Las otras pruebas pueden tener en sí fuerzas muy vivas, pero las veis ya en la primera demostracion, y no son aumento, sino reproduccion de la misma luz. Muchos caminos me pueden conducir á un término; pero aunque yo no haya llegado sino por un solo, ¿quita eso que por otras sendas lleguen tambien otros al mismo término?

No digo por esto que no sea útil y aun necesario mostrar á los hombres las verdades con muchas y diferentes pruebas: no porque con ellas crezca su evidencia intrínseca y real, que desde que se supone no puede dejar de ser si puede ser mayor, sino porque los entendimientos son diferentes y porque el que no conoce la fuerza de una razon,

puede conocer la otra; y si yo multiplico mis pruebas, no es porque yo crea aumentar su evidencia, sino por acomodarme á esta diferente disposicion de los entendimientos.

Así, decir que es deo preferir la mayor evidencia á la menor, es abusar de los términos, porque no puede haber mas ni menos en las evidencias. Puede haber evidencia de dos verdades que parecen contrarias: entonces no queda otro arbitrio que el de conciliarlas; y cuando después de todos sus esfuerzos la razon no alcanza á hallar esta conciliacion, reconoce su insuficiencia y se humilla; pero no por eso puede rechazar ninguna, ni decir yo prefiero lo que es mas evidente, porque una evidencia no puede ser destruida por otra. Dos evidencias no se pueden destruir; es necesario que subsistan ambas, sea que se descubra ó no se pueda descubrir el medio de conciliarlas.

Por ejemplo; yo tengo evidencia de que soy libre. No solo la razon me lo dice, sino la experiencia, mis remordimientos, mi arrepentimiento y todas mis sensaciones me lo persuaden. Con todo, tambien me es evidente que Dios sabe lo que tengo de hacer, pues no puedo concebir á un Dios sin la presencia inflexible y absoluta de todo. Dios sabe pues lo que yo he de hacer, y no puede engañarse; por consiguiente yo no puedo dejar de hacer lo que Dios ha previsto que yo haré.

Siendo esto así, como soy libre para no hacer lo que es indispensable que haga; ve aquí dos evidencias, la una de mi libertad y la otra de la presencia divina, y las dos parecen ser contradictorias. La razon humana no puede por sí sola conciliarlas. ¿Qué hará pues? Arrojará la una? Preferirá la que le parece mas evidente? ¿cómo discernirá cuál lo es? ¿Se creará un autómata ó un agente necesario incapaz de mérito, que no seria justo castigar, pues solo se consideraria como un instrumento ciego y sin arbitrio para no dudar de la presencia de Dios? ó por el contrario, ¡por reconocer su justicia y su bondad, dudará de su ciencia infinita?

No hará lo uno ni lo otro, se tendrá por libre, pues siente interiormente que lo es; adorará la presencia divina, y si no puede conciliarlo uno con lo otro, reconocerá la limitacion de su razon; considerará que Dios no ha querido revelarnos todos sus secretos, sobre todo los que no nos son necesarios. Tendrá por cierto que esta dificultad, que á una corta capacidad parece insuperable, á los ojos de la verdad no puede serla, y que lo que no entiende ahora, lo podrá entender algun dia; aplicad estas dos evidencias á las vuestras. Pero vamos adelante.

Tercer sofisma: vuestro raciocinio supone los dogmas cristianos absurdos, y de esta suposicion nace toda la dificultad. ¿Pero cómo lo podreis probar? Nosotros confesamos que son oscuros é incomprensibles, que la débil razon humana no puede penetrarlos y que no los comprenderá hasta que se los descubra el mismo que ahora se los propone para ejercicio de su fe; pero de esto á ser absurdos y contradictorios, hay una inmensa distancia. ¿Qué, la razon humana lo comprende todo? ¿y basta que ella no entienda una cosa para que sea absurdo? ¿se deben llamar contradictorios dos proposiciones solo porque ella no alcanza el modo de conciliarlas? ¿y no será mas justo llamar superior á la razon lo que á ella misma le parece contrario?

Pues poder asegurar que una proposicion es absurda, es indispensable tener un conocimiento entero y perfecto de

todas las ideas que contiene, y para saber si estas ideas se contradicen ó se excluyen, no es menos necesario conocer todas sus propiedades y estar seguro de conocerlas bien. Sin esto se aventura mucho la verdad, porque el que juzga sin esta instruccion preliminar y completa, podrá hacer un juicio falso si viendo solo las partes que le presentan un aspecto de contradiccion, se le escapan otras en que hubiera podido ver el nudo secreto que concilia las discordancias aparentes: es imposible, pues, juzgar con seguridad un objeto sin conocerle perfectamente por sus lados.

Ahora pregunto yo: ¿qué mortal puede conocer todas las relaciones y extension de nuestro misterio? ¿quién ha podido medir toda su profundidad? ¿Dios lo ha revelado todos sus arcanos? ¿no hay para él verdades inaccesibles? ¿el hombre que tanto se engaña, hasta en lo que presentan sus sentidos, pretende registrar con certeza los secretos del cielo? Si no sabe tanto como Dios, ¿cómo se atreve á llamar absurdo lo que se lo prueba que Dios ha dicho?

¿Cómo quiere juzgar por sí mismo cuando no es la han dado órganos propios para conocer las verdades sobrenaturales? Cuando los objetos de la revelacion que se le presentan no solo son superiores, sino exóticos y de un orden elevado, á que no puede alcanzar su inteligencia, no le basta que se lo pruebe y se le demuestre que vienen de Dios; y serán los hombres tan insensatos que pongan en balanza con la fuerza de la verdad divina los torpes esfuerzos de una razon tan orgullosa como débil!

¿Qué quiere decir absurdo? La reunion de propiedades incompatibles, que mutuamente se excluyen en la misma sustancia, ó la sustraccion de alguna de sus propiedades esenciales. ¿Cómo, pues, puede llamarse absurdo lo que no puede ser intimamente conocido? ¿cuál es la propiedad esencial de un misterio? Ser oscuro, porque si no lo fuera, no fuera misterio. ¿Cuál es su objeto? Ejercitar nuestra fe y cautivar nuestra razon. Es, pues, necesario que presente puntos que parezcan absurdos; porque si fueran claros y simples como los primeros principios, no tuvieran necesidad de la fe: todo el sistema de la religion se trastornaría y el cristianismo no fuera lo que Dios ha querido que sea.

Para decidir, pues, si nuestros misterios son absurdos, no se debe examinar si confundidos nuestra razon ó si sobrepujan á nuestras ideas naturales; porque esta debe ser su propiedad esencial, y lejos de que por esto se puedan llamar absurdos, el colmo de lo absurdo es decir que lo son, porque esta contradiccion aparente es una propiedad tan esencial de su naturaleza, que sin ella no pudieran subsistir los misterios.

Si yo os dijera que me parece absurda la existencia de Dios porque no puedo comprender la extension y la infinitud de sus perfecciones, vos me diriais que si yo pudiera comprenderlas, no serian inmensas é infinitas como son. Vuestro raciocinio es el mismo y os doy la misma respuesta. Vos decís los misterios son incomprensibles, oscuros, parecen absurdos; así no pueden ser ciertos y por mas que se me prueben, no los debo creer. Yo os digo: si pudierais entender los misterios, si no hallarais dificultad en ellos, no serian misterios. ¿Cómo podéis inferir la imposibilidad de un objeto del mismo principio que constituye su naturaleza? Si no, decidme: ¿cómo puede haber misterio que sea

claro y conforme á las ideas simples y naturales! No es pues, su oscuridad, ni sus aparentes contradicciones lo que debe detenernos, y lo único que debéis examinar, es si verdaderamente han sido revelados.

Para hacer esto mas sensible demos un salto á Jesucristo. Supongamos que un hombre va á escuchar sus predicciones y que le oye decir: Yo soy el Mesías que los profetas han predicho, yo soy hijo de Dios y la verdad eterna, que tengo á enseñar á los hombres el camino del cielo; yo tengo á derramar mi sangre para reconciliarlos con mi Padre justamente irritado contra ellos; y al mismo tiempo le oye todos los demás misterios que publicó en el curso de su misión. Este hombre se asombra y su razon se confunde con tantos y tan extraordinarios discursos, y responde á Jesucristo, que le es imposible creer lo que no solo no puede entender, lo que no solo es inverosímil y oscuro, sino lo que le parece repugnante y contrario á la mas clara evidencia de su razon.

Supongamos que Jesucristo le replica: Mi Padre quiere conducir á los hombres al cielo por el sacrificio de fe; exige de ellos que se hagan como niños, cuya inocencia simplicidad crece hasta lo que no entienden, y ha resuelto dar su reino á los simples y humildes y no á las almas orgullosas, que no se fián sino en sus propias luces. El incrédulo le vuelve á responder: ¡y quién me asegura que tú me dices la verdad! Mi testimonio, le vuelve á decir Jesús, no fuera nada si el que me acompañara el que me ha enviado. Pero yo te daré pruebas de mi misión con milagros tan evidentes, que te persuadirán que Dios me autoriza y habla por mis labios. Veo que mi doctrina confunde tus ideas, te parece contraria á la razon; pero cuando veas el poder que Dios me ha dado sobre los hombres y sobre la naturaleza, no podrás dudar que te hablo en su nombre.

Este ser soberano que te ha sacado de la nada, á quien lo debes todo y cuyos designios son mas superiores á tus ideas que el cielo á la tierra; Dios, cuyo nombre es la verdad, quiere conducirte á su gloria por el camino de estos misterios oscuros, de estos absurdos aparentes, y te prohíbe toda duda, toda desconfianza, que sería injuriosa á su veracidad. ¡Te atreverás, mortal miserable, á decir que Dios debe acomodarse á tu capricho ó sujetarse á la pequeñez de tus ideas! ¿quién eres tú para enmendar la plana á tu Dios! Lo único que puedes hacer es servirte de la razon que te ha dado, para examinar si es verdad que yo te engaño ó si es verdad que le hablo en nombre y con la virtud del que no puede mentir.

Para quitarle toda duda, yo quiero que tu razon sea el juez y tus sentidos los testigos; su testimonio es el mas simple y persuasivo, porque es palpable y resulta de los hechos. Empecemos, pues; traedme sin distinción todos los enfermos, que so me aseguran y con sola una palabra quedarán sanos. Ni tanto es menester; nómbrales solamente, y aunque ausentes quedarán curados; que vengan los energúmenos y verás como quedan libres; yo resucitaré á los muertos y tambien moriré yo mismo, porque debo salvar á todos con mi muerte; pero al cabo de tres dias saldre del sepulcro triunfante y glorioso y volveré á conversar con los vivos.

En fin, supongamos que Jesucristo le haya hecho testigo de todos estos estupendos milagros; ¡qué le podrá de-

cir este hombre que parecia tan indócil! ¡le dirá que á pesar de todos los prodigios que le muestra, no puede creer los dogmas que le enseña, porque son absurdos! Este discurso sería insensato, porque desde que le ve obrar con la virtud de Dios, no debe dudar que dice la verdad; y por mas opuestos que le parezcan á su razon, esta es la que debe ceder y humillarse.

Dirá que aunque los milagros sean ciertos, no bastan para vencer su repugnancia natural. Pero con esto destruye la mas alta y la mas segura de las pruebas, establece el mas duro y feroz pirronismo, hace á Dios cómplice de la mentira y le quita este medio exterior con que distingue su palabra divina de la de los impostores ó falsos profetas. Y se le responderá: Dios no hace estos prodigios sino para declarar con ellos que el que los hace en su nombre, no puede engañar en la doctrina.

Si responde como vos, que los milagros son claros y evidentes pero que se le dirá que esta repugnancia imaginaria de los dogmas, que es mas clara y evidente la contradicción de los dogmas, que esta es petición de principio, y no prueba; ha otra cosa que su corta y limitada comprension; que la luz y la evidencia de los milagros debe suplir á la que falta en los misterios; que la aparente contradicción de los dogmas, lejos de destruir la certidumbre de los misterios, la demuestra; que Dios puede obligar al hombre á que crea lo que no comprende, sin que nadie pueda atreverse á reconvénirle que es imposible que Dios haga milagros en favor de una doctrina falsa, y que ya tiene bastante experiencia de la flaqueza y de las ilusiones de su razon aun en las cosas mas visibles y naturales, para no confiar en ella, y mas en asuntos tan elevados y que le son tan superiores.

Se le añadirá: Dios no quiere, ni vos podéis ser juez de los dogmas, porque no tenéis órganos proporcionados ni aun para concebirlas. Objetos tan altos están fuera de la esfera de vuestra inteligencia; pero podéis juzgar de los milagros, porque están no solo en la esfera de vuestra razon, sino de vuestros sentidos. Estos son hechos simples y sensados, que es fácil comparar, y se os han dado principios para discernirlos y reglas infalibles que pueden asegurarnos de su certeza.

Por eso Dios ha hecho estos milagros, para que sirvan de fundamentos á vuestra fe y de preservativo contra el error. La luz que os quita en los dogmas, os la derrama con abundancia en los milagros. Os dispens del estéril y laborioso oficio de examinar misterios á que vuestra corta razon no pudiera alcanzar, y os conduce por la senda segura de los hechos, en que el talento mas débil puede caminar sin trabajo ni riesgo. Respetad, pues, los dogmas y creedle, porque Dios le revela; pero examina los milagros y desde si vienen de Dios.

En esta suposicion, señor, ¡qué otra cosa puede hacer aquel incrédulo que examinar de buena fe los milagros de Jesucristo? Y este es nuestro caso. Todos los racionales sobre el dogma no pueden ser mas que vanos esfuerzos, y jamás llegará nuestra razon á penetrarlos: así toda nuestra discusion debe terminarse á los hechos. La única cuestion que debemos examinar, es si Jesucristo es Dios; si lo es, todo lo que digamos contra el cristianismo no puede ser mas que blasfemia y error, y por mas que nuestra razon... Aquí le interrumpí y le dije: Sin duda, si

fuera posible probar que Jesucristo es Dios, como se pudiera... ¡Pero quién es capaz de probar cosa tan absurda! Vos volvéis á vuestras ideas, me dijo; yo os he probado que nosotros no tenemos la fuerza ni los medios para tratar de absurdo lo que no podemos conocer bien.

Te confieso, Teodoro, que yo estaba oprimido con tanto peso de razones, que me hallaba tan sorprendido de su novedad, como admirado de la ligéza y fuerza de aquellos racionales, que á pesar mio, me parecian evidentes y claros. Por mas que hacia, si podia encontrarlos un vicio ni veis dónde los queria morder. Casi avergonzado de mi dero, pero sin poder confesarlo, artíale no sé qué palabras que no polian tener sentido, y solo me acuerdo que le dije: Estos discursos son vagos y serian interminables. Pásemos á otra cosa: decidme, padre...

El me interrumpió y me dijo: Vos vais á proponerme otras objeciones, que serán de la misma especie, y yo no podré dar mas que las mismas respuestas. Esto sí que será interminable, porque nada es mas fácil que poner dificultades. ¡Qué será, pues, en las que son tan altas y sublimes! La razon humana ve con tanta oscuridad ó con tanta corta luz los objetos, que pocas telarañas bastan para ofuscarla, y un sofisma solo es capaz de turbarla.

Acordaos del filósofo griego, á quien un sofista pretendió probar que no había ni era posible que hubiese movimiento en la naturaleza, y se lo probaba con tan apesadumbrados sofismas, con razones tan capciosas, que después de largas discusiones el filósofo no sabia ya qué responder, hasta que impaciente se levantó y se puso á marchar, diciendo: Ve aquí movimiento.

Este es el modo como piensan los hombres; las cosas sensibles y palpables obran mas sobre ellos que todas las especulaciones. Vos me pondréis argumentos sin fin, yo os daré respuestas sin término; y después de haber corrido mucho, hallaremos que no hemos adelantado un paso. En efecto, como es tan fácil hallar dificultades á todo, estas son interminables. Es como la hidra, que cuando se la corta una cabeza, la nacen otras. Por eso no es posible acabar, y después de haber objetado mucho y respondido mas, apenas se llega á descubrir la verdad, ni se halla un punto en que poder fijarse.

Pero como es fácil y cómodo este método para seducir á los ignorantes, se sirven de él los incrédulos. Proponen dificultades sin número, y ya se ve si será fácil hallarlas en asuntos de tanta oscuridad y elevacion, cuando se encuentran tantas en las cosas mas visibles y palpables. Asuman, pues, objeciones sobre objeciones, añadan sofismas á sofismas. Juntan con la mala fe y las retenciones la malignidad y las calumnias, y de todo esto forman un conjunto de falsos resplandores que deslumbran á los que no están bien instruidos.

Se les responde; pero ellos ó no leen las respuestas ó se desentienden, y sus sucesores las reproducen como si nada se hubiera respondido. Hoy mismo repiten como nuevos las que propusieron Celso, Porfirio y Juliano en los primeros siglos de la Iglesia; y aunque desueltas desde entonces por los primeros padres, las han producido en cada siglo, y las han renovado en el nuestro con la misma confianza. Los lectores ó incautos, ó solo desosos de divertirse, leen sus libros escritos con elocuencia y gracia, y no leen las respuestas, que indubitablemente son mas cir-

constanciadas y serias. Con eso beben el tésigo sin el antídoto y el error se propaga sin término.

No usemos, pues, señor, de este método. Si queremos seriamente descubrir la verdad, es menester buscarla en ella misma. Esto es, examinar si la religion cristiana viene de Dios á Jesucristo, que venia á publicarla en nombre de Dios, probó su misión de una manera tan clara y evidente, que la razon guiada por sus propias luces no se puede resistir á la conviccion; en una palabra, si Jesucristo es Dios. Ya veis que esta cuestion sola le decide todo; porque si se prueba que lo es, ¡quién que tenga el juicio sano y la mas ligera idea de la verdad y de la soberanía de Dios, no se acará por consecuencia infalible y necesaria que es menester creer cuanto nos dijo y obedecer cuanto nos mandó!

En lugar, pues, de detenernos en las ramas y en objeciones que pueden responderse, y que cuando no se pudieran responderlas, no probarian otra cosa que la limitacion de nuestro entendimiento, es menester acercarse al tronco y examinar si los cimientos en que estrila el cristianismo son sólidos y verdaderos ó frítiles ó despreciables. Si los incrédulos hubieran seguido este camino, estudiando la religion y examinándola en sus pruebas fundamentales, considerándola en toda la armonia y proporciones de su conjunto, se hubieran ilustrado con su luz divina y hubieran evitado tantas ineptias, falsedades y errores como la calumnian.

Lo que importa, pues, examinar, es el origen de esta religion, sus progresos, si los hombres que la han comunicado en nombre de Dios, han mostrado en sus acciones y virtudes los títulos de su misión, hasta llegar á Jesucristo, que siendo su verdadero fundador, ha debido mas que ninguno dar pruebas claras é indubitables de ella. Porque ¿qué es la cuestion? Nosotros decimos que Jesucristo es Dios; el incrédulo lo niega. Nosotros para decirlo damos por pruebas los hechos de Jesucristo; los incrédulos para negarlo no pueden tener prueba ninguna, ni pueden alegar otra cosa que la imposibilidad que les parece ver, la oscuridad y pretendida contradicción de los misterios y las repugnancias de su corazón. Ya veis la ventaja que tiene el que afirma cuando prueba, contra el que sin probar nada, solo niega; porque mil negaciones voluntarias no pueden destruir una prueba sola que prueba bien.

Pero después de todo, cuando al que niega se le presentan pruebas, lo menos que puede hacer es examinarlas, para despreciarlas si son frítiles, ó rendirse si son sólidas, y va de buena fe.

Este camino ahorra mucho tiempo y evita muchos extravíos; porque supongamos por un instante, que habiendo examinado todas las pruebas que yo alego en favor del cristianismo, vos las hallais frítiles, y podéis manifestar su error ó su inutilidad; al instante la discusion se acaba y me dejáis sin medio de persuadirlos. Por el contrario, yo os pruebo con evidencia que Jesucristo es Dios, y vuestra razon no puede resistir á la fuerza de mis pruebas, así tambien se acaba la discusion; porque en este caso ya no valen nuevos argumentos ó dificultades, todas quedan aniquiladas y destruidas. Una verdad que ha quedado demostrada, destruye por sí misma todo lo que se puede imaginar contra ella.

La razon humana, siempre oscura y jamás tranquila en

lo que no la presentan sus sentidos, podrá proponer nuevas objeciones; pero yo la haré callar dándolelas. Jescristo que es Dios, lo ha dicho. Si puedo estofecorlas, lo haré, y si no, confesaré que es limitación de mis luces. Ella responderá con su objeción es evidente; yo confesaré que copliera que Jescristo es Dios, me atengo á lo que él dijo; que no puede haber dos evidencias contradictorias, y que así estas aunque lo parezcan, no pueden serlo. Confieso que me parecen contrarias; pero como no puedo dudar de la divinidad de Jescristo y de que ha dicho lo que yo sostengo, me persuado á que esta contrariedad es solo aparente, y que en efecto habrá un modo de conciliar lo que me parece evidente con la inmutable verdad que debo exponer en Jescristo; y en fin, que la razón puede engañarme, y que no me puede engañar la verdad eterna, que es Jescristo.

Confieso, padre, le dije yo, que me asombráis. Yo no puedo dejar de reconocer vuestras luces y buen juicio, y con todo, os veo hablar con tanta seguridad y convicción, que si no os conociera más que por este lado, os tuviera por un loco ó frenético. ¿Qué, vos pretendéis convencer á un hombre sensato de que Jesús, á quien los judíos crucificaron en Jcrusalén como un malhechor, era Dios? Vos mismo creéis esto posible; ¿y podéis imaginar que si esto fuera capaz de probarse con evidencia, una cosa tan grande, tan importante y tan extraordinaria se hubiera escondido á los ojos, á los romances, á tantas mentes sabias y á tantos filósofos ilustrados? Es hasta donde puede llegar el delirio de la demencia.

Eso, me respondí, puede pareceros; así: pero si tuviera la paciencia de oír las pruebas y conoceréis en efecto en fuerza, de modo que vuestro talento, aunque grande, no se pudiera resistir, ¡qué dijéramos entonces! Que eso no puede ser, le repliqué, y que yo no perderé el tiempo en escuchar tan necias ilusiones. ¡Un hombre Dios! ¡y no un hombre como quiera, sino un hombre pobre y oscuro, que fué condenado por los de su nación á un suplicio atroz! Esto es peor todavía que adorar las cebollas de Egipto.

Con todo eso, señor, si os dignarais de escuchar las razones, puede ser que entonces no os pareciera tanta locura. Haced este esfuerzo, y por lo menos tened el gusto de avergonzaros de nuestra ignorancia; yo soy uno de los menos hábiles de mis compañeros; no es esto desconfiar de mi causa, sino de mis talentos, y como en esta causa hay muchos varones sabios mas capaces que yo de mostrarnos la verdad, dadme licencia para que os traiga yo y tened la paciencia de oírle. No, padre, le respondí, vos séis el que me habéis hablado con tanta instancia y vos debéis ser el que me convenza. Esa humildad no es ahora del caso, y no olvidéis que vuestra arrogancia me ha dicho que me probará con evidencia que la religión cristiana es verdadera, y que Jescristo es Dios.

No, señor, no lo olvidaré; y pues os contentáis con mi débil talento, os obedeceré fiado en la bondad de mi causa y en los auxilios ó ilustraciones del cielo; pero yo puedo hacerlo por diferentes medios. Es verdad que la mayor demostración de la religión cristiana resulta del conjunto de toda ella, de esta inmensa, armoniosa y bien proporcionada reunión de sus partes, que desde el origen del mundo hasta nuestros manifiesta en todas y cada una de ellas, que viene á no puede venir mas que de Dios; pero esto sería

mas largo y podrías fatigar vuestra paciencia; me contentaré con probaros que la religión cristiana es la sola verdadera, y que su fundador Jescristo es Dios, por alguna de las pruebas separadas: como estas son muchas, voy á proponer algunas, para que vos mismo escogáis aquella en que queráis que yo me fije. Esto me es igual; porque aunque son diferentes, todas se reúnen en un punto, que es mostrar la divinidad de la religión y de su fundador.

Si yo os pruebo, señor, que Dios desde el principio del mundo prometió un Mesías; que después los profetas inspirados lo anunciaron con señales que no pueden ser equivocadas, pues determinaron así sus acciones como el tiempo de su venida; si os pruebo que los mismos profetas probaron su inspiración no solo con milagros, sino prediciendo antes de muchos siglos cosas contingentes y futuras, que no se podían saber sino con la divina luz, y que todas ellas se han cumplido á la letra, como consta por documentos irrefragables: si os pruebo que Jescristo vino en el tiempo indicado por los profetas, que trujo tales señales con que le anunciaron, que cumplió todo lo que habia predicho, y en fin, que el mismo predijo todo lo que se ha verificado después; vos me confesaréis que de tantas pruebas reunidas, concurridas con la mayor claridad, resulta con evidencia que una religión fundada sobre ellas, debe ser divina; porque Dios solo puede inspirar á los hombres el conocimiento de las cosas futuras; porque Dios solo ha podido darle el poder de hacer milagros, y que todo lo que ellos dicen autorizado con estas pruebas, es necesariamente verdad, pues viene de Dios.

Pero si, dejando esto aparte, os pruebo con la misma evidencia que Jescristo y sus discípulos hicieron milagros públicos y notorios tan incontrastables que sus mismos enemigos se han visto obligados á confesarlos, vos me confesaréis que la religión que predica es la verdadera, pues ellos no podían hacer prodigios tan superiores al esfuerzo humano sino con el poder de Dios, y porque es imposible que el Dios de la verdad diese su poder á impostores que predicasen una falsa doctrina.

Si os pruebo, por no entrar en tanta discusión, un hecho solo, y es que Jescristo prometió antes de morir que reucitaría y que en efecto resucitó, habló y conversó con los hombres, tampoco me podréis negar que es Dios, porque Dios solo puede resucitar por su propia virtud.

Si os pruebo, . . . No mas, padre, le interrumpí, no paiseis adelante; probadme con la evidencia que me prometéis que Jescristo resucitó, y esto basta. Si me probáis que Jescristo fué verdaderamente muerto y que después de muerto volvió al mundo á cumplir su palabra, y que esto sea tan claro y evidente, de modo que la razón mas perspicaz y desconfiada no pueda hallar una razón prudente de dudar, me daré por vencido.

Pero, padre mio, hasta ahora no se ha visto que nadie resucite; y os prevengo que yo no me contentaré con las pruebas que de ordinario os bastan para creer los milagros que refieren vuestras crónicas. Para que yo crea un hecho tan único, tan estupendo y sobrenatural, necesito de mayores y mejores pruebas que para creer que Julio César fué el primer emperador de Roma y que Bruto le dió la muerte en el senado.

Yo espero, me dijo, daros mas y mayores; y desde luego os digo, que vuestra eleccion ha sido acertada, porque

este hecho es el artículo mas fundamental de nuestra religión, y la basa sobre que estrilan los otros. San Pablo decía (1): "Que si la resurreccion no es verdadera, nuestra fe es vana"; pero tambien se puede decir, que si es verdadera, es consiguiente que todos los demás artículos lo sean.

Por otra, la resurreccion es un hecho solo, aislado, digámoslo así, y que puede verse mas facilmente por todas partes, pues no está complicado con otro. Consiento, pues, porque toda la disputa se reduce á un punto solo decisivo; porque una vez que se apruebe ó se rechace, corta de raíz las demás disputas. Y es tambien el artículo mas fecundo; porque con sola que haya Jescristo resucitado, las esperanzas de los cristianos son tan inmensas como seguras, y las desgracias de los incrédulos son tan terribles como ciertas.

Para desempeñar el asunto que tomo á mi cargo, me parece que estoy obligado á tres cosas. La primera á exponer las razones que tienen los cristianos para creer la resurreccion de Jescristo, ó los principios en que se fundan para asegurar que es un hecho cierto. La segunda, para probar que estas razones ó principios son tan evidentes, que es imposible que una razon que no esté pervertida pueda dejar de convencerlos. Y la tercera, que después os proponga tambien sin disimulo, con franqueza y buena fe las razones que proponen los incrédulos para no creerla, que os deje á vos mismo pesar la fuerza de unas y otras; que vos mismo seáis juez; y en fin, que yo os proponga las consecuencias que pueden resultar de la incredulidad, para que vos mismo comparéis cuáles son mas justas y naturales y cuáles serían mas intolerables y absurdas.

Me parece que por este método es mas fácil reconocer la parte falsa que puede tener el sistema cristiano, ó el del incrédulo; porque al fin iremos á parar en algunas de estas consecuencias tan absurdas y contrarias á la sana razon, que manifestan desde luego su falsedad, tanto en las reglas de buena lógica como en el uso ordinario de los pensamientos de buen juicio. Si después de haberlos enterado de todo, os parece que las pruebas en vez de ser claras y convincentes son ilusorias y frívolas; si á pesar de mi exposicion vos perseverais en la idea de que la resurreccion es contraria y repugnante á la razon; yo he perdido mi causa, la discusión termina, y no debo volver á importunaros.

Pero si veis que no podéis manteneros en aquella opinion sin venir á parar á conclusiones ó consecuencias que son evidentemente contrarias al sentido comun, si observais que para secundaros en su fuerza necesitaríis recurrir á principios falsos ó contradictorios ó á sostenes con aserciones inciertas ó dudosas; si no podéis responder á las dificultades sino con subterfugios ó extravíos que os hacen perder de vista el punto principal; si os hallais forzado para desmenuzaros de mis ratiocinios justos y metódicos, á embrollar y oscurecer la materia, porque no podéis dar una respuesta directa y precisa á las razones que se os presentan, entonces debéis reconocer que vuestra opinion no es la verdadera y que los cristianos tienen de su parte toda la razon. ¿Queréis aceptar este partido?

Padre, le respondí, yo no deseo mas que saber la verdad, no puedo tener otro interés; y aunque estoy intima-

mente persuadido que emprendais un imposible y que el cielo de vuestra religion es el que es tiene tan liso, os prometo sinceramente el deponer todas mis epílogos. Os escucharé con precaucion para no dejarme alucinar; pero no vereis en mi obstinacion ni orgullo; pues si fuera posible que vos me pudierais persuadir, mi propio interés me obligaría á abandonar todo error.

Pues siendo así, me volví á decir, yo confiado en el auxilio del cielo empezaré; porque sé que no es el que planta ni el que riega, sino Dios solo el que da el incremento; pero yo es tarde, reservemos para mañana, y tened presente que la religion es de un órden sobrenatural, y que no puede regularse únicamente por las ideas humanas; que la palabra de Dios es por sí misma fuerte y eficaz, pero que no produce su efecto sino cuando se escucha con ánimo sincero y con deseo de encontrar la verdad; que un espíritu mal dispuesto podrá oír sin que la penetre, porque se ocupará mas en examinar la parte que lo parezca débil para combatirla; que no la que por su solidez debiera persuadirle; que toda verdad es hija de Dios y descendiente del cielo, que solo la divina luz nos la puede comunicar, y que así debemos todos recurrir al Padre de las luces; yo para que purifique mis labios y lo que os presenta sin profanarla ni enfriarla, y vos para que os abra los sentidos del corazón y fructifican en él su celestial semilla.

No olvidéis, señor, que Dios se comunica á los humildes y repele á los soberbios; así, arrojad lejos de vos todo espíritu de vana curiosidad ó persuncion. Pedid la sencillez y docilidad, y estad cierto que no os ha traido aquí sino para desengañaros; que cuando en el seno de un engaño, quedará vuestra alma penetrada de su voz celestial.

Sola una cosa me queda que recomendaros, y es que cuando empiece á desenvolver mis pruebas, no me interrumpais hasta que las haya terminado. Vos mismo me debéis conocer el motivo: en ellas todo se clariza, todo se esclarece, las primeras partes están, enlazadas con las siguientes, y todas unidas entre sí. Una dificultad á que fueris preciso responder, una reflexion que nos pudiera atajar, nos haria perder el hilo y nos extravariar. Así, os suplico encarecidamente que tengais paciencia de oír las cosas sin interrumpirme; después podéis decirme lo que os parecez, y yo procuraré satisfaceros lo mejor que pueda. Prometí que lo haría así, y él se despidió complazido para el otro día.

No podré explicarte, Teodoro, cómo quedé, cuánto fueron las sensaciones de mi corazón, ni los efectos que estos discursos producan en mi alma. Me parecia estar como el que se prepara á un grande viaje, ó como aquel á quien se ha prometido mostrarle cosas nuevas, extrañas y asombrosas. Mis efectos eran confusos y enconrados: habia instantes en que viendo la imperturbable seguridad de aquel hombre, tenia una especie de temor de que me venciese, y necesitaba de echar una ojeada sobre la ilustracion de mis principios y la de los grandes hombres que los siguen, para volver en mí.

Sobre todo, me asombraba la monstruosa remision de tanta elocuencia y talento, de tanta instruccion y tan sana lógica con tanta credulidad y fanatismo; y seguro de la bondad de mi causa, me parecia que podría divertirme desengañando á este buen hombre, haciéndole confesar que si era un

(1) I Corinth. XV, 17.

